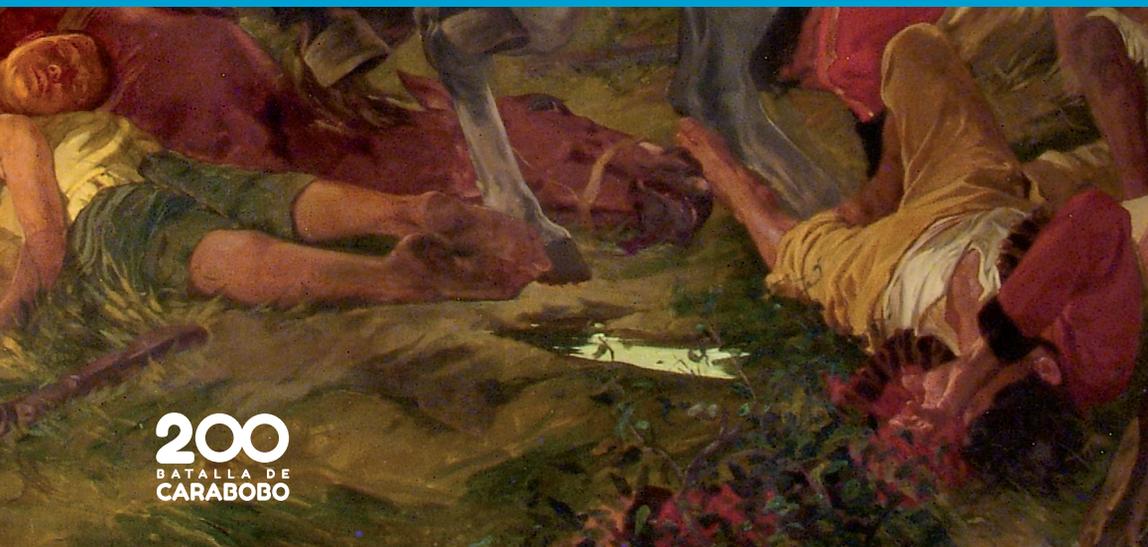




Francisco Herrera Luque

EL VUELO DEL ALCATRAZ

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO



200
BATALLA DE
CARABOBO

Francisco Herrera Luque (1927-1991). Psiquiatra, docente, historiador, diplomático y narrador. Cofundador de la Cátedra de Psiquiatría de la UCV y de la Sala de Psiquiatría de la Cruz Roja, individuo de número de la Sociedad de Historia de la Medicina. Uno de los narradores más leídos en Latinoamérica a raíz de la aparición de *Boves, el Urogallo* (1972), propuesta que revitaliza el género de novela histórica. Entre sus obras se cuentan *En la casa del pez que escupe el agua* (1975), *La luna de Fausto* (1983), *Manuel Piar, caudillo de dos colores* (1987) y *Los cuatro reyes de la baraja* (1991).

« *Batalla de Araure, 5 de diciembre de 1813.*

Tito Salas. *Circa.* 1927.

Oleo sobre tela, 298,5 x 448,6 cm.

Casa Natal del Libertador Simón Bolívar. Caracas.



11

El vuelo del alcatraz

FRANCISCO HERRERA LUQUE

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

EN HOMENAJE AL PUEBLO VENEZOLANO

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico militar y congregado alrededor del liderazgo del **LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR**, enarbó el proyecto republicano de igualdad e “independencia o nada”. Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la **BATALLA DE CARABOBO**.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

La **COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO** ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas contra los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

Nicolás Maduro Moros

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

Nicolás Maduro Moros
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

Delcy Eloína Rodríguez Gómez

Vladimir Padrino López

Aristóbulo Iztúriz Almeida

Jorge Rodríguez Gómez

Freddy Nájuez Contreras

Ernesto Villegas Poljak

Jorge Márquez Monsalve

Rafael Lacava Evangelista

Jesús Rafael Suárez Chourio

Félix Osorio Guzmán

Pedro Enrique Calzadilla

El vuelo del alcatraz

FRANCISCO HERRERA LUQUE



Quince son los libros que escribió Francisco Herrera Luque. En vida publicó 11, pero cuatro obras inéditas se publicaron póstumamente en un periodo de 10 años. El último en aparecer fue *El vuelo del alcatraz*, que estuvo en reposo desde el 15 de octubre de 1986, fecha en que el autor dejó constancia de la revisión postrera, como lo refiere R. J. Lovera De-Sola, quien se encargó de la primera edición.

La presente ajusta el manuscrito del autor a los parámetros formales de la lengua española, manteniendo las voces de la época. Sus anotaciones fueron incluidas dentro del texto cuando correspondían —en las primeras ediciones estuvieron como notas de pie de página—. Esta era una “obra en plena gestación”, reseña De-Sola. Es por ello que también se incluye la segunda versión que ensayó para el inicio y que tituló “En la Quinta Anauco”.

Tenemos que destacar que cada vez que Herrera Luque menciona a Simón Bolívar, lo llama El Libertador, así, en mayúsculas, contrariando una vez más a los historiadores, puesto que el título que se le otorgó en Mérida, el 23 de mayo de 1813, fue de “Libertador”. En esta edición se mantiene la expresión de acuerdo con el manuscrito del autor. A fin de cuentas, *El vuelo del alcatraz* es una obra de ficción que retrata de manera fabulada la gesta independentista permitiéndonos vislumbrar al Bolívar vivo, en carne y hueso.

Los editores

PRIMERA PARTE

Era el primer día de 1827 cuando desembarcó en la fortaleza de Puerto Cabello, el único lugar en Venezuela donde podía hacerlo, ya que había sido tomada por su sobrino Briceño Méndez. El país entero estaba en su contra. José Antonio Páez, el llanero simplón y festivo, había resultado tan bueno para la intriga como ya lo era como estratega y conductor de tropas. So pretexto de que Venezuela no quería ser un estado más de su quimérica Gran Colombia, hizo que el país cerrase filas en derredor suyo. No es posible, había dicho, lo puso en su boca la gente, que un imperio hecho con sangre venezolana tuviese por villa y corte a Santa Fe de Bogotá. Si problemas hubo y los continuaba habiendo por la decisión de Carlos III, medio siglo antes, de juntar provincias robustas y autónomas para crear la nueva Capitanía General de Venezuela, bajo la égida de Caracas, la transferencia del problema a un país distinto puso un alto en las rencillas provinciales de Venezuela para rechazar de plano su anexión, como lo sentían, al antiguo Virreinato de la Nueva Granada. Páez y los venezolanos no eran, sin embargo, el único problema: los neogranadinos, encabezados por el general Santander, tampoco querían fusionarse con Venezuela, por más que la sede del poder estuviese entre ellos. El Estado Mayor y el poder militar estaban en manos de sus compatriotas. El Ejército que le servía era un ejército de ocupación, como se quejaban los graves doctores bogotanos. Flaco servicio resultaba hacer de Bogotá la capital si el poder decisorio en última y primera instancia estaba en manos venezolanas. Santander y Páez, su mano derecha y su mano izquierda, se odiaban a muerte por razones más personales que políticas. A él Páez no le gustó para nada desde que lo conoció en

Cañafístola hacía ya diez años. Se le palpaba por encima de la ropa su ambición desmedida y su naturaleza pronta a la insubordinación. Páez, sin embargo, era dueño y señor de los llaneros. Luego que tomó a Puerto Cabello se acrecentó el fervor popular que lo envolvía. Era imposible salir de él sin exponerse a gravísimas consecuencias. Páez no era Piar, el formidable caudillo militar al que fue envolviendo hasta llevarlo al paredón de fusilamiento. Piar era ingenuo; Páez, zamarro e hipócrita. ¿No le recomendaba por carta que se coronase rey, al mismo tiempo que encendía el odio de las turbas diciéndoles que Bolívar solo quería coronarse y darles títulos nobiliarios a los mantuanos, los opresores de siempre y de los que se pensaba se habían liberado? ¿Se puede imaginar mayor doblez y torpeza en un hombre a quien él mismo ha elegido como intendente de Venezuela? Santander era cosa aparte. Aunque chocaran entre sí el año trece; luego que se lo volvió a encontrar cuatro años más tarde, fue su más leal y abnegado colaborador. Santander era de tan noble familia como la suya; había entre ellos una ancha franja de coincidencias. El neogranadino, a diferencia de Páez, era culto, inteligente y estudioso, en quien Bolívar delegaba la vida de escritorio, que tanto le aburría. Hasta el año veintitrés en que se marchó al Perú, dejándolo de vicepresidente de la Gran Colombia, las relaciones entre ambos eran cordiales y fluidas. Los años de ausencia y las circunstancias que lo envejecieron las fueron haciendo tirantes. Santander, sin embargo, tenía todavía remedio, le decía aquella tarde José Palacios, su mayordomo.

—Es aún muy joven, además de inteligente y calculador.

—Así se lo dije cuando me despedí de él en Bogotá: “los que están conmigo les va bien; los que se oponen a mí fracasan”.

—Yo te voy a decir una vaina, Simón —dice Palacios—. Si a lo largo de tu vida fuiste gavilán para caer certeramente sobre tus enemigos, ahora te estás pareciendo demasiado al alcazaz viejo, que si joven es tan rápido como el otro pájaro, al perder la vista se estrella contra las rocas.

Tenga confianza, mi amigo, en lo que le dice este negro, que por haber nacido en su casa y llevarle unos cuantos años lo considera su hijo o su hermano menor. Así como fuiste gavilán primito con Piar, Morillo, San Martín y los peruanos, te estás volviendo cegato. Después de volar tan alto no diferencias una sardina gorda de un peñasco. ¿Quieres que te diga otra vaina? Ni Páez, ni Santander. Y menos Santander que Páez: los dos, te la tienen jurada y lo que es peor es que los dos tienen mucho pueblo. Mira que te lo digo yo, que te vengo siguiendo el vuelo desde que cogiste monte para dar la pelea.

En la Quinta Anauco*

Al tercer canto del gallo, abrió los ojos en la penumbra. Eran las cuatro de la madrugada, su hora de despertar. De un salto se puso en pie y caminó hacia la jofaina. Crujieron las tablas del piso.

—Buenos días, Libertador —dijo José Bolívar, antiguo esclavo de su casa. Traía en las manos una palmatoria que iluminó a duras penas la estancia.

—Pero qué frío está haciendo —agregó el fornido guardaespaldas, mientras derramaba, muy lentamente, sobre la cabeza del amo el agua serenada de una jarra de plata.

Sin esperar respuestas prosiguió el centinela.

—Caracas está igualita que Bogotá. Desde aquí no se ve la garita que le mandó a hacer el señor Marqués del Toro apenas supo que su Excelencia había desembarcado en Puerto Cabello.

—Febrero es el mes más frío del año —le repuso bufearo mientras secaba la cara con uno de los ricos paños que le obsequiara el marqués de Torre Tagle, hoy difunto por pretender arrebatarse su autoridad. Con el torso desnudo, caminó hacia la amplia terraza que atalayaba Caracas. La ciudad que antes fuera capital distaba a más de media legua.

—Pero, no se le ocurra salir así —exclamó el guarda con leve tono de impertinencia.

Bolívar, apoyado en la barranca, mira hacia el oeste. Caracas se hace presente en aquel triángulo de luces parpadeantes. Al fondo de la casa se

[*]_ Francisco Herrera Luque escribió dos versiones de la “Primera parte”. Esta corresponde a la segunda versión.

escucha un ir y venir de gente. La servidumbre ha despertado: muelen maíz para las arepas, encienden el carbón de leña del amplio fogón; a su derecha suben hasta él antiguos cantares de ordeño. Una voz de negra vieja increpa a un hombre. Es la voz de Hipólita, de su madre Hipólita. Algo le responde el hombre. Ahora todos ríen y con más ganas que nadie su dominante cargadora. Esa es Caracas. Esa es mi patria. Esa es Venezuela.

SEGUNDA PARTE

Luego del ajusticiamiento de Manuel Piar, un manto de aletargada y silenciosa tristeza cayó sobre Angostura, designada capital de Venezuela a falta de algo mejor. Era una ciudad en ruinas, de la que huyeron la casi totalidad de sus pobladores, monárquicos empecinados, que prefirieron la muerte antes que la República. En número de cinco mil, se embarcaron en desvencijados barquichuelos y en balsas ralas de maderas verdes, a las que engulló el Orinoco o echaron a pique las baterías patriotas instaladas en sus riberas, en un largo callejón de muerte. Eran pocas las casas que se mantenían indemnes después del continuo bombardeo, luego de un asedio de muchos días.

No bastaron los mil quinientos hombres que a paso de salteadores entraron a la ciudad, ni la multitud de indios cristianizados que llegaron de todos los confines de Guayana, para quitarle a Angostura su lóbrego aspecto de pueblo agonizante.

Era inútil que El Libertador organizara retretas en la plaza, o que los pregones a tambor batiente informaran de los éxitos y progresos de las armas de la República: las calles se veían solitarias en las horas de mayor actividad. Luego del almuerzo, Angostura se entregaba a una larga siesta hasta el siguiente día, bien adentrada la mañana.

El Libertador, que parecía no darse cuenta del aire luctuoso que lo envolvía, trabajaba desde las cuatro de la mañana hasta las diez de la noche, dictándoles simultáneamente a tres y más secretarios, cartas y ordenanzas del más variado sentido. Hablaba, cada vez más con progresiva frecuencia, de sus planes de invadir a la Nueva Granada, a la que tanto debía por la Independencia de Venezuela, para fundir ambos países en

una nueva y gran nación. Para pasmo y sorpresa de quienes lo conocían bien, argüía sobre la necesidad de crear un Parlamento ante el que declinaría los poderes omnímodos que le otorgaron en 1816 los caudillos militares, dada la situación emergente por la que pasaba la República. Ese congreso decidiría el sistema político por el cual regirse, eligiendo a su vez a quien habría de sucederle como jefe supremo.

—El Libertador está todos los días más loco —le decía Bermúdez a su edecán Ramón Machado, sin atenuar la voz, ni disimular su disgusto—. ¿De dónde acá estas ocurrencias de hacer un Congreso, que no va más que a contrariarlo en cada una de sus decisiones? Eso quedará muy bonito en los Estados Unidos o en Inglaterra, pero en este país, donde el que menos puja, puja una lombriz. Todo eso de elecciones y de un Congreso que va a entrepitar todo cuanto hagamos los militares es un disparate tamaño. Y más si se toma en cuenta que el resto del país está en poder de los españoles; y que el llamado nuestro “territorio” no es más que una franjita de arena que casi parece playa, que de vaina nos dejan el río y la selva...

—Es que parece —comentó vacilante el edecán— que es importante, para que se reconozca a Venezuela como nación independiente, llenar estos requisitos. Así se lo oí decir al propio Libertador.

—Yo también estoy cansado de oírsele; pero ¿tú me quieres explicar cuáles van a ser los países que van a reconocer nuestra Independencia? ¿Los que conforman la Santa Alianza, que andan de pipí cogido con España? El comisionado oficioso de los Estados Unidos, el tal Mr. Irving, habló bien claro cuando le dijo al Libertador que su país no podía apoyar abiertamente nuestra causa, porque no les convenía ponerse de malas con la mentada Santa Alianza, que no tiene más propósito que ayudarse mutuamente para mantener a sus colonias en total obediencia.

—Tiene usted razón, mi jefe.

—¡Claro que la tengo! ¿O es que acaso la luna es pandehorno, como lo está creyendo Bolívar? En vez de estarse poniendo trabas para sus

acciones, que aquí entre tú y yo, jamás he pensado que sea sincero, debería andar con los ojos muy abiertos. Estamos en una situación demasiado peligrosa. Nuestros soldados son una cuerda de novatos, que no distinguen un tiro de un cohete.

Días antes de Navidad llegó la noticia: el general Pedro Zaraza había sido derrotado por el mariscal La Torre, segundo del generalísimo Pablo Morillo. La explicación fue la de siempre: “A la infantería española no hay quien le entre cuando se bate en un cuadro, culo con culo”. Si a esto se añade —comentaba Soubllette— que son veteranos de las guerras napoleónicas, certeros y movizados como una macagua, es difícil suponer que nuestra caballería logre imponérselos.

—¿Qué habremos de hacer, Excelencia? —preguntó ansioso el Dr. Francisco Antonio Zea, vicepresidente del Consejo de Gobierno—. El joven coronel cumanés Antonio José de Sucre se atrevió a responder:

—Es la técnica y la academia contra el instinto y la improvisación.

Aunque Zea celebró con una mueca lo dicho por Sucre, El Libertador, con un relampaguear de sus ojos, ratificó la antipatía que le inspiraba Sucre, a pesar del buen prestigio que se había ganado desde que llegó a Angostura, junto con Brión y Urdaneta, luego de abandonar a Santiago Mariño, empeñado en escindir la unidad republicana. Por más que hubiera abjurado del Libertador de Oriente, como se intitulaba a Mariño, para acogerse al mandato de Bolívar como Jefe Supremo, Sucre tenía el defecto de no ser caraqueño y, como si fuera poco, arranques y aposturas de noble oriental, tan opuestos a los centrales como los propios españoles.

—Pues yo haré que mi ejército —repuso a Sucre malhumorado— tenga más pericia que las tropas del Rey.

Como quiera que el silencio y la fascie del escepticismo se dibujase tanto en el almirante Brión, como en el resto de los presentes, se apresuró a agregar:

—Con una carta y los tesoros de Guayana haré el milagro. Ya escribí a López Méndez en Londres para que me reclutase soldados cesantes por la derrota de Napoleón. Con esa gente de nuestra parte nos igualaremos con la infantería española.

Ya sus colaboradores cruzaban el umbral que da al corredor, cuando dijo con un acento desprovisto de importancia:

—¡Ah!, Dr. Zea, quería informarle que muy pronto lo voy a encarregar de la jefatura del Poder Supremo, pues pienso hacer una salida de Angostura.

El sabio neogranadino, sin ocultar su satisfacción, luego de frotarse las manos como un tendero, dijo en voz alta dirigiéndose a Sucre:

—¿Se da cuenta, coronel, que la oportunidad la pintan calva y que no hay que desesperarse ante ninguna situación? Tan pronto quede encargado del Poder Supremo, mi primer acto será ascenderlo a General de Brigada, que tanto usted, como algunos otros, merecen desde hace ya tiempo.

Brión frunció el ceño ante el comentario. Pareciera —se dijo— que la proximidad al poder hubiese despertado en el apacible botánico, ignorados y silenciados deseos de mando. El ascenso de Sucre y de otros oficiales tiene resonancias conspirativas. El hacer generales es una forma sutil de apuntalar ambiciones. Bolívar, a fuerza de decisiones y de su carácter impositivo, ha logrado alienarse la buena voluntad de sus oficiales, que si hasta ahora lo obedecen, más lo hacen por miedo que por convicción. Ya el mismo Francisco de Paula Santander, tan reinoso como Zea, había dicho a sus compatriotas, como lo supo por sus espías, que no se avenía a la forma arbitraria con que El Libertador trataba las cuestiones de Estado y, en particular, desde que pensaba fusionar a Venezuela y la Nueva Granada bajo el nombre de la Gran Colombia. Si hasta entonces Zea y él habían servido lealmente a Venezuela sin sentirse con mayores derechos a participar en la decisión de su destino, el que la guerra se trasladase a su patria y que ella fuese parte de una unidad geopolítica, los liberaba de la pasividad de la

que hasta entonces habían hecho gala como refugiados de un país que no era el suyo. Unidas Venezuela y Colombia en una sola y gran nación, ellos: los Zea, los Ucroz, los Santander, tenían tanto o igual derecho que los venezolanos a intervenir en la cosa pública y también a gobernar. Si Bolívar había dado pruebas de genio militar, la historia también demuestra que no siempre los triunfadores son los mejores gobernantes. Luego de alcanzarse la paz, ¿quién habría de regir como Supremo Mandatario los destinos de la futura Gran Colombia? ¿Necesariamente El Libertador? No, por cierto. Los privilegios no son derechos inalienables de los héroes. Tan adecuado para gobernar, o más que El Libertador, lo es el sabio Francisco Antonio Zea; como yo bien pudiera ser jefe supremo del ejército.

“Nosotros los neogranadinos —afirmaba Zea— tenemos mejor formación jurídica que los venezolanos. Nos regimos por leyes, en tanto que ellos fundamentan su derecho a mandar en el poder de fuego. Una Colombia regida por Bolívar o cualquiera de sus conmlitones desembocaría inevitablemente en una dictadura. Por eso no está mal que yo, Francisco Antonio Zea, Vicepresidente por los momentos y Presidente Constitucional de la República en día no lejano, tenga mis propios oficiales y generales”.

Santander, por su parte, no se las llevaba bien con los compatriotas de Bolívar. Según él, estaban desprovistos de juricidad y él era un jurista. Los venezolanos creían que la guerra, más que una función trascendente, era una forma de trepar en la sociedad y de adquirir riquezas. No es que él fuese indiferente al botín y a la gloria, pero la forma descarada en que lo dejaban ver los otros le revolvió sus convicciones a nivel del asco. Los neogranadinos, a diferencia de los venezolanos, eran hombres cultos, tallados por las academias y la vida citadina. A este civismo, urbanidad y cultura debía que El Libertador le hubiese brindado ampliamente su presencia y amistad. Bolívar, además del militar, era un hombre culto, amante de la literatura y de la historia; que por muchos años absorbió lo mejor de Europa y con quien se podía

discurrir con deleite sobre los más variados temas, sin tener que recalar indefectiblemente en la guerra, como era el caso de los venezolanos. Él, al igual que Bolívar, era un aristócrata, no un hombre de montonera. Para sus necesidades era más importante la forma que el contenido. Sabía reprimir sus emociones, tanto de júbilo, como innecesariamente lo hace el viejo Zea, como de contrariedad, como solía sucederle en el trato con los venezolanos, con sus rudas opiniones, sus chistes procaces y sus desmandadas maneras.

La noche de año nuevo de 1818, Bolívar, que hasta entonces no había decaído en su ánimo, se veía a todas luces abatido, como si hubiese visto de pronto la triste realidad de la Guayana conquistada. Esa noche brindó por el advenimiento del nuevo año y su discurso al pueblo desde su balcón estaba desposeído de aquel optimismo sacudiente y contagioso, tan característico en su ser cuando se dirigía a las multitudes. La residencia del Jefe Supremo estaba de bote en bote. La casi totalidad de sus oficiales estaban presentes. Algunos guayaneses que sobrevivieron a la emigración de Oriente por el Orinoco habían regresado en la seguridad que su fidelidad al Rey les sería perdonada, hartos como estaban los triunfadores de tanta soledad y silencio. Esa noche —como lo proclamó Bermúdez con su voz de fanfarria— era la primera en muchos meses que la ciudad orinoqueña parecía dispuesta a rasgar el luto perpetuo que quiso imponerse. No obstante la alegría que con timidez irrumpió en la casa de gobierno y se fue por las calles llenándolas de luz y de cohetes, El Libertador estaba sombrío y esquinado en uno de los rincones del gran salón de su residencia, con la mirada ausente dirigida al piso y que a ratos elevaba en un mirar fulgurante. Tras un momento de prolongada abstracción posó sus ojos en Santander y una linda angostureña que llevaba del brazo.

—¡Santander! —llamó con voz aguda y dominante.

—¡Señor! —repuso dispuesto el militar dándose vueltas con la chica.

—Venga acá —agregó suavemente.

Tras un instante de vacilación, Santander avanzó hacia Bolívar sin soltar el brazo de la muchacha.

—No, venga usted solo —dijo bronco y autoritario—. La señorita sabrá disculparnos por un momento.

—Tengo un grave problema, amigo Santander —le dijo afectuoso tan pronto lo tuvo enfrente— y necesito su parecer.

Luego de hacerle un breve pero apretado recuento de los peligros que envolvían a la Venezuela liberada, añadió:

—Como podrá imaginarse, la alianza con Páez se hace indispensable, si queremos salvar a la República.

Santander no pudo ocultar su desagrado. Detestaba profundamente al caudillo llanero por la trastada que le hizo, tanto a él, como a honorables compatriotas suyos que pretendieron formar con Páez una República en las solitarias llanuras de Casanare.

—Cosa peligrosa esa, Excelencia —repuso mirando de soslayo—. Si Manuel Piar le resultó tan conflictivo por su manía de ser el primero, con Páez el problema es más difícil: no solo quiere ser el primero, sino que es hijo de esta tierra, con nexos y vínculos de parentesco y amistad con la casi totalidad de los hombres del alto llano. Páez es tan salvaje como los hombres de su horda, ya que no merecen otro nombre. Es hipócrita y ladino como un sacristán y a la hora de asesinar no lo piensa ni por un momento, tal como lo hizo con mi jefe, el coronel Servier, quien le hacía sombra por su mayor talento y experiencia y por guardar en un cofre doblones de oro para proseguir la guerra**.

[**]_ El historiador colombiano Rafael Gómez Hoyos pone en la boca de Córdova tan grave acusación: “que buena acción se espera de quien mandó a asesinar al general Servier”. *La vida heroica del general José María Córdova*, Bogotá: 1969, p. 31. [Nota del autor en el manuscrito].

—No hay más camino, sin embargo —repuso firme El Libertador— que correr ese albur. De continuar aislados, la destrucción será total.

—No le voy a negar, Excelencia, que desgraciadamente tiene usted razón y no queda más camino que celebrar una alianza con este Atila tropical.

—Me alegra escuchar lo que acaba de decir. Mañana a primera hora, como es sabido, partiremos hacia el Apure para entrevistarnos con Páez. Usted vendrá con nosotros.

—Como lo ordene, Libertador —repuso arrebolando su rostro hidalgo, al tiempo que hacía más [viva]^{***} en sus ojos la única presencia chibcha que conservaba. Como solicitase gracia para retirarse, Bolívar le repuso sonriente:

—De ningún modo, Santander. ¿Cómo se imagina usted que lo voy a dejar en un papel tan airado, obligándolo a abandonar a su dama? Lo acompañaré hasta ella.

—Perdone, señorita —dijo a la chica al aproximársele—, por haberla privado por un momento de la compañía del general Santander, uno de mis colaboradores más importantes. Pero ya se imaginará las urgencias que suelen surgir en política.

La muchacha, paralizada de sorpresa, asomó una sonrisa crispada.

—Ahora, si me lo permite, me gustaría sobremanera bailar esta mazurka con usted. —Y sin decir más, dio vueltas y giró por el salón, para alegre sorpresa de los presentes y confuso orgullo de Francisco de Paula Santander.

[***]_ La edición original de acuerdo con el manuscrito dice: “hacía más... en sus ojos la única presencia chibcha que conservaba”. Hemos “completado” la oración para facilitar la lectura, aunque se trata de una omisión que no puede subsanarse dada la ausencia del autor. El contexto sugiere que tal vez quiso decir que esa “chispa” se hacía más intensa o más viva, con lo que habría llamado la atención sobre un rasgo al que más adelante vuelve a hacer alusión, al señalar la visión que los oficiales patriotas tenían de los neogranadinos (N. del E.).

Al día siguiente, con las primeras luces de la mañana, Simón Bolívar se embarcó en una chalana grande, Orinoco arriba, a entrevistarse con José Antonio Páez, dueño y señor de las llanuras occidentales. De supeditarse a Bolívar, como se lo ha hecho saber, la República ya no sería el banco de arena del que hablaba Bermúdez, sino un amplio territorio lleno de recursos de ganado vacuno y caballar, desde el Atlántico hasta la Cordillera Andina, donde gobierna y manda al otro lado la soberbia Santa Fe de Bogotá.

II

Se asaban las terneras en San Juan de Payara, cuartel general de José Antonio Páez. El caudillo llanero parecía menos joven y menos alto de lo que en realidad era, por el grosor extraordinario de su tórax y de sus brazos y por aquella aureola de jefazo que lo envolvía, a pesar del trato que prodigaba a sus hombres, con una familiaridad destemplada, que Santander tildaba de relajo insoportable.

“Es difícil entender —le explicaba el neogranadino a Bolívar— que un negrazo, como lo es Pedro Camejo, un gigante de cabeza pelada y sin más uniforme que un guayuco, le arrancase a Páez, y sin el menor respeto, el pedazo de carne que llevaba a la boca, sin más recriminaciones por parte de Páez que una agargantada mentada de madre, que hacía reír al negro, a los llaneros y hasta al mismo Páez, al final”.

—Yo no sé qué carajo —gritaba Páez aquel día en que Pedro Camejo lo hizo víctima de otra jugarreta— voy a hacer con este negro de mierda. De repente, lo que me provoca es volarle la cabeza de un machetazo, para que aprenda a ser más respetuoso y considerado.

—¿Y quién te va a recoger del suelo —le repuso Camejo entre risas y alardes de intimidad— cuando te dé el ataque epiléptico en medio de una pelea?

Saltaron festivas las risas de los llaneros, y Páez, sin más comentarios, prosiguió comiéndose a dentelladas, y con las manos, el pedazo de carne sangrante y sin sal que mordisqueaba.

—Bueno —le dijo a los hombres que lo rodeaban—, parece que el general Bolívar quiere una entrevista conmigo, dizque para que sumemos esfuerzos y echar a los españoles.

—A mí no me gusta el tal Bolívar —repuso a su lado José Antonio Mina, quien fuera edecán de Manuel Piar, el fusilado de Angostura—. Yo se lo dije a mi general desde que le eché el ojo. Es un tercio de mucho palabreo y con más mañas que un gato para tirarse en salsa de ñame al que se le ponga por delante.

—Si le está pidiendo juntarse en compañía —agregó otro— es porque necesita de usted y si así es, será para ponerlo de lado y quedarse con su gente, como lo hizo con mi general Piar, que en paz descanse.

Páez echó hacia atrás el sombrero de cogollo que le ocultaba la faz y sin decir palabra esbozó una sonrisa enigmática. Era blanco, de nariz perfilada y fosas anchas, con el pelo rubio, ligeramente rizado, por lo que lo llamaban El Catire, como apodan en Venezuela a todo aquel a quien le amarillee el pelo. Tenía veintiocho años; luego de Bolívar, o más que él, según lo decían hasta los mismos españoles, era el caudillo republicano más poderoso, dueño de los llanos occidentales, desde el pie del cerro andino hasta las riberas del Orinoco, del Apure y del Meta.

—No hay en todo el país, y posiblemente en todo el imperio español, una caballería más formidable que la mía —comentaba a un viejo llanero—. Son muchas las cartas, mensajeros, armas, que me ha mandado El Libertador para ganarse mi favor. Pero lo que Bolívar propone es cosa seria. Aceptar su autoridad de Jefe Supremo, como se lo habían explicado sus enviados, tenía sus ventajas: de una parte, el reconocimiento internacional de ser ellos una nación en guerra de cerro a mar, en lucha contra otra. Por otra parte: eso de supeditármele, no me quita fuerza ni mando, por más que Bolívar me jugase sucio, como tiene fama. ¿Cuál de mis hombres, llaneros de pelo en pecho, que me quieren como a un padre, se me va a voltear para ponerse del lado del Libertador? Soy catire, tan blanco o más blanco que los mismos mantuanos, y la gente que anda conmigo y me sigue es mi propia gente. Además ¿cuándo se ha visto que llanero no le pise adelante al que quiera meterle una zancadilla?

Si Bolívar se me resbala y quiere hacerme una mala pasada, se quedará sin chivo y sin mecate; en cambio yo, por más que acepte ser segundo, continuaré siendo jefe absoluto de verdad verdad, tanto de mi gente como de muchos de los que andan con él. ¿No le parece, compadre Eustaquio? —terminó por preguntarle al llanero que lo acompañaba.

—Yo no sé qué decirte, José Antonio. Así mismo pensaba mano Manué y terminé agujereao. Bolívar es un hombre de muchos recursos.

—No se lo voy a negar, compadre. Pero tiene un defecto: no conoce ni sabe mandar a los llaneros. Y somos nosotros los únicos que le podemos sacar las patas del barrial y echar pa' lante la guerra.

Por la ribera sur del Orinoco marchan la caballería y la infantería ligera; a bordo de los barcos y chalanas de Brión, van El Libertador, el ejército regular y las armas de grueso calibre. “Si se va a entrevistar con Páez y sus mil quinientos llaneros —se ha dicho Bolívar— hay que deslumbrarle con un despliegue de fuerza; de lo contrario, es exponerse al desdén, que ya le hicieran Mariño y Pedro Zaraza cuando le negaron su apoyo, so pretexto de que tenían primero que limpiar de españoles sus propias regiones”. Por eso, impuso la Ley Marcial: “Todo hombre, desde los doce hasta los sesenta años, estaba en el deber de alistarse en el ejército libertador so pena de muerte”. La medida dio sus frutos: más de dos mil hombres, por patriotismo, o miedo, acudieron al llamado. Ahora podía darse el lujo de conocer a Páez con el doble de sus efectivos.

La flota y el ejército que van por tierra avanzan muy lentamente. La impetuosidad de la corriente a la que remontan es un serio obstáculo. Entre un día y otro no recorren más de dos leguas por jornada. Bolívar, desde la nave capitana, observa a ratos el avasallante y luminoso paisaje. Trabaja con Soubllette, su primo y secretario, en su proyecto de reunir un congreso en Angostura. A ratos se desliza, como hace esa tarde, en los recuerdos que le dejó Pepita Machado, la hermosa caraqueña que hizo suya a los pocos días de entrar triunfante en Caracas en 1813 y

otorgársele el título de Libertador. A menos de un año de haberla conocido y amado en todo momento, tuvo que separarse de ella, embarcándola hacia San Thomas, ante la inminencia del fiero jefe español José Tomás Boves. Otro largo año estuvo sin verla, hasta que en 1816, en vísperas de la invasión de Venezuela desde Haití, la envió a buscar a la isla danesa, con multitudinaria indignación de la oficialidad, al retardar por casi un mes la expedición. Por quedarse con ella, en las playas de Ocumare, su ejército fue derrotado cerca de Maracay, teniendo que huir precipitadamente con Pepita en el primer barquichuelo que pasó a su lado. Ante el recuerdo de aquel barco tan desmantelado y de inocente aspecto, donde se puso a salvo con la chica y alguno de sus hombres, no pudo menos de reír ante el recuerdo que se le vino encima. En medio del mar apareció, inesperadamente, un barco mercante español. Envalentonado su capitán por el mísero aspecto del navío, le ordenó detenerse para requisarlo. Bolívar, con barba de cuatro días y con el traje roto, era la negación de toda marcialidad.

—¿Quién sois y a dónde os dirigís? —preguntó el capitán al Libertador desbordando soberbia, tan pronto abordó la nave.

—Mi nombre es este —repuso el caraqueño, mostrando un viejo pasaporte.

Desaparecieron de la faz del marino por un instante los colores sonrosados de su tez y su fustigante aire de mando.

—No me matéis, noble señor —exclamó el hombre, cayendo de rodillas— tengo mujer y cuatro hijos. No os quise ofender bajo ningún respecto. Creí cumplir con mi deber. De haber sabido que erais vos, no me hubiese atrevido a tamaña osadía. Yo no tengo nada que ver con la guerra. No obstante ser español, simpatizo con vuestra causa...

Sonrió benévolo El Libertador.

—Os doy una oportunidad para salvar vuestra vida y la de vuestra tripulación.

—Decidme, noble señor, lo que debo hacer para desagraviaros y os complaceré de inmediato.

—Tan solo os pido que llevéis a esta señorita —dijo señalando a Pepita— a la isla danesa de San Thomas y la pongáis al cuidado de sus familiares.

Retornó la esperanza al rostro del marino.

—Juro solemnemente —dijo alzando la mano— que acataré fielmente vuestra decisión. Soy un hombre de palabra, soy un hombre de honor...

El hecho sucedió en la última semana de julio de 1816. El marino cumplió su promesa y llevó a Pepita a San Thomas. La despedida de los amantes fue lagrimosa y desgarrante. La bella caraqueña se negaba a abandonarlo, conminándolo a que le dejase compartir su destino. Bolívar tuvo que echar mano de todo su coraje para obligarla a abordar la nave. Sus ojos se llenaron de lágrimas cuando vio a la barca desaparecer en el horizonte. En su segunda estada en Haití recibió noticias de Pepita; estaba en San Thomas y la acompañaban centenares de exiliados venezolanos. Año y medio llevaba sin verla, ni recibir noticias suyas, dada la vida errante a la que quedó condenado; hasta que conquistó a Guayana, donde, al escribirle, pudo decirle donde se encontraba. Tres semanas antes de partir en busca de Páez, recibió una amorosa misiva de la bella caraqueña, donde le decía estar próxima a partir hacia Angostura. Con gran esfuerzo hubo de responderle que hasta tanto no terminase la campaña que se había propuesto, lo que podía ser asunto de muchos meses, le era imposible tenerla a su lado, como era su más fervoroso propósito. Muchas mujeres hubo en su vida desde sus tiempos de púber acalorado. Aunque no era guapo y era pequeño de estatura, el fervor de su mirada y sus ansias impostergables de posesión —como le enseñara Simón Rodríguez— le permitieron hacer suyas a buena parte de las mujeres que deseó con ansias. “El secreto con las mujeres —le

decía su revolucionario maestro— es desearlas con tantas ganas que ellas se convenzan de que no tienen ninguna otra opción. Lo que más excita y tienta a una mujer es el deseo del hombre. Aplícate el cuento, Simón, y te darás más gustos de los que hasta ahora ha tenido el padre Ancheta”. Pero con Pepita, la relación, aunque incendiada siempre de profundas ganas, era diferente. Ante su presencia se desvanecía la inmensa soledad que lo agobiaba desde sus tiempos de niño. Su presencia lo reconfortaba y le daba tal plenitud en su visión de las posibilidades, que era capaz, como lo demostró dos veces en la Expedición de Los Cayos, de hacer toda clase de locuras, sin importarle lo que pudiera suceder por anteponer el embeleso por verla a su responsabilidad. Por eso, aunque grandes hubiesen sido sus ganas de enviar en su búsqueda uno de los navíos de la República, de solo pensar en los malos efectos que para sus planes tendría la bella criolla, hizo su máximo esfuerzo, ordenándole imperativo, permanecer en San Thomas hasta tanto no hubiese logrado su propósito de liberar a Venezuela.



Páez no era tan solo un hombre de avería, sino también de suerte. “Con bravura, nada más, no se llega a ninguna parte, como le sucedió a Piar; ni con buena suerte se tiene el triunfo, si no se tiene guapeza, como fue aquel español a quien le di la pela macha, a pesar de tener cuatro veces más gente que yo. Le maté ciento cincuenta, en tanto que yo perdí nada más que al pobre González, que en paz descansa”.

—¡Tío, tío! —clamó uno de sus llaneros entrando a galope y a pecho descubierto en el campamento— ¡Bolívar está llegando! Ya alcanzó el cruce de los dos ríos —prosiguió el hombre— y viene con un gentío. Trae barcos de guerra, caballos, lanceros y unos soldados de a pie con trabucos y uniformes. El Libertador te manda esta carta.

Páez vio con desdén la misiva sellada y lacrada. No sabía leer ni escribir, lo que disimulaba a medias y que a Santander, al igual que los neogranadinos, lo llenaba de irritación “ya que no era posible que estuviesen juntos tanto poder y tamaña ignorancia”.

—Vaya viendo qué dice ahí, mi cura —dijo al Padre Méndez, capellán de su ejército, simulando indiferencia ante el mensaje que adivinaba.

De inmediato le espetó al correo con falsa cólera:

—¿Y tú tuviste las bolas de hacerte ver por Bolívar y su gente, desnudo como un mismo indio?

—Y qué iba yo a saber que me lo iba a encontrar de repente —respondió el hombre con sentida indignación.

Se encendió de veras la cólera del caudillo, echando mano a un rebenque.

El mensajero corrió de un lado a otro, mientras Páez desfogaba su

iracundia en palabras que hicieron santiguarse al padre Méndez.

—El general Bolívar —intervino el cura con voz reposada— le envía muchos saludos. Le manda a decir que está ansioso de conocerlo y de abrazarlo como a un hermano...

—¿Están oyendo, cabezas de ñaures? —gritó Páez destemplado a sus hombres—. El Libertador viene en camino y trae muchas cosas buenas para su tío y para todos ustedes. ¡Corneta! —ordenó— toca de inmediato formación.

En menos de dos minutos aquella “zalagarda de menesterosos crueles”, como los apodaba Santander, abandonaron la hamaca donde dormían, el río donde se bañaban o la hembra que acariciaban, para formar diez escuadrones silenciosos y ordenados.

—¡Óiganme bien, mis hijos! —les gritó Páez con voz distinta—. Muy pronto hemos de encontrarnos con el ejército del Libertador y no quiero vainas. De modo que se acabó la guachafita y la mamadera de gallo. Se comportan como hombres serios. No den lugar a críticas, porque aquel que se me resbale, yo mismo le bajaré la cabeza con mi cola e' gallo. ¿Estamos de acuerdo?

Un largo silencio sucedió a la pregunta.

—Me alegra mucho oírles decir que están dispuestos a portarse como es debido. Ahora les tengo una noticia: como es necesario un jefe por encima de todos los jefes, y El Libertador es más sabido y conocido que yo, he decidido reconocerlo como Jefe Supremo y ponerme bajo sus órdenes con todos ustedes. ¿Entendieron?

Esta vez no sucedió el silencio a la propuesta. Un abejorreo de murmullos y palabras zumbó entre la caballería. Un negro alto, seguido de dos lanceros de aspecto aindiado, rompieron filas, acercándose a Páez.

—Tío —dijo el primero— cuando te elegimos nuestro jefe en Achaguas, no te dimos permiso para que le pasaras el mando a otro.

Páez, sin inmutarse, le respondió a la ligera:

—Tienen ustedes toda la razón. Eso es verdad. Si no me quieren de jefe, ahora mismo los dejo. Pero como soy un hombre de palabra, tengo que salir al encuentro del general Bolívar para presentarle mis respetos. A la vuelta veremos. Ahora tengo que irme. Mis últimas órdenes son que den la mejor impresión al Libertador, que es un hombre fino y educado. Muchos de sus acompañantes son caraqueños de buena cuna.

El Libertador, a la cabeza de su Estado Mayor, cabalga hacia Cañafístola.

Una nube de polvo en la lejanía anuncia la proximidad de Páez. Bolívar detiene su cabalgadura y echa pie en tierra. Un trepidar de cascos señala la presencia inminente del caudillo llanero. Bolívar otea el nubarrón con su catalejo. Un tropel de lanceros con camisas de varios colores galopan tras un solitario jinete.

—¿Qué vaina es esa? —clama El Libertador al observar al adelantado—. Parece una hembra. Viene sentado a la mujeriega. Los anchos pantalones parecen falda y para colmo lleva un sombrero de cogollo adornado con plumas.

—Ese es el general Páez —dice a su lado Francisco de Paula Santander—. Váyase preparando para las sorpresas que lo esperan.

Bolívar de un salto monta en su bestia y, sin esperar a su escolta, sale al encuentro del amo de Los Llanos. A pocos pasos el uno del otro, echan pie en tierra y a distancia de sus respectivos ejércitos, se abrazan calurosamente.

—¡Libertador! —grita Páez con emoción—. Al fin lo conozco y lo veo.

—¡General Páez! —responde Bolívar con su mejor alegría y la más fecunda de sus sonrisas.

IV

—¡Adiós caraj! —exclamó Páez entre chisposo y sorprendido al distinguir a Santander entre los oficiales de El Libertador—. ¡Mírenme quién está aquí! Nada menos que el Sr. Santander.

—¿Cómo está general Páez? —repuso el reinoso sin traslucir su sentimiento.

Bolívar, al tanto del odio que ambos se profesaban, los miró penetrante. Santander era un maestro del disimulo. A pesar del formalismo de su casta y de su gente, se mostró cordial cuando Páez lo saludó con dos golpecitos en el hombro, aunque luego añadiera con picardía:

—Está usted maiciado, Santander. ¿El Libertador como que le bajó el pesebre cuando lo nombró General?

Bolívar sonrió. Páez protestaba a su antiguo subalterno el regateo que le hacía del saludo militar. Santander repuso recalcando las sílabas:

—No es que en su campamento escaseara la comida, señor General. Comía poco, por no ser de mi agrado la carne cruda y sin sal. Esa es comida de tártaros.

Páez, sin darse por aludido, saludó a los otros oficiales que le fue presentando El Libertador, mostrándose particularmente cordial con Carlos Soublette y con Fernando Galindo, fiscal acusador y abogado defensor, respectivamente, del rebelde Piar. Les dijo conocer sus proezas. El Libertador frunció el ceño: el llanero hacía otra alusión maliciosa, la del fusilado de Angostura; ni Soublette ni Galindo tenían en su haber hazañas superiores a las de los otros militares que lo acompañaban. Páez con su estrafalaria indumentaria, descalzo y con espuelas de oro, centraba la atención con su ruda y cordial campechanería, hablando todo el

tiempo de hechos y sucesos jocosos, que hacían reír a El Libertador y a su séquito con espontáneo regocijo. Soublette susurró a Galindo en un estruendo de carcajadas:

—Esto es algo más que el bárbaro que nos habían pintado Santander y el padre Blanco.

—Umjú —gruño afirmativo el caraqueño—. El hombre tiene duende, ángel y gracia.

A iguales conclusiones llegaba El Libertador pasos más allá, cuando Páez solicitó su autorización para presentarle a cuatro de sus oficiales. A su reclamo se acercaron un blanco, un zambo y dos negros de bizarra estatura. Haciendo caso omiso de la jerarquía, comenzó por el joven oficial de apariencia europea, no mayor de veinte años.

—Este es el teniente José María Córdoba, valiente como nadie, a pesar de ser reinoso.

Santander y Córdoba agriaron el rostro ante el comentario. Páez prosiguió:

—Debo confesar que estuve a punto de cometer un desperdicio; ya que lo tenía en capilla ardiente para fusilarlo, cuando este otro, que aquí les presento y al que mientan Pedro Camejo, me imploró por su vida.

Todos los ojos se posaron en el ordenanza de Páez con galones de teniente. Pedro Camejo, al igual que Córdoba, se mantenía rígido, saludando marcialmente. Camejo sudaba profundamente con ojos de temor.

—Dígame una cosa teniente Camejo —preguntó Bolívar después de ordenarle descanso—. ¿Por qué abogó por la vida del teniente Córdoba?

—Porque es un hombre bragao y amigo mío.

—¿Qué había hecho el teniente Córdoba para merecer la muerte?

El negro se volvió hacia Páez:

—¿Puedo responder, Tío?

—¿Se puede saber, negro del carrizo —repuso Páez—, cuándo me han pedido permiso ustedes para decir lo que les dé la gana? Y menos

tú, que tienes una lengua peor que tu lanza. Respóndele al Libertador lo que te está preguntando.

—El teniente Córdoba —dijo el llanero— dejó al Tío, junto con otros varios, para ponerse bajo el mando de usted. Pero como Córdoba no tenía pasaporte, el Tío quiso hacerle pagar el pato.

—¿Es cierto lo que dice Camejo? —preguntó El Libertador al acusado.

—Así es, Excelencia —repuso Córdoba con marcado acento antioqueño. El Libertador sin abandonar el tono cordial que se había impuesto, prosiguió inquisitivo:

—¿Se puede saber por qué quería usted abandonar el servicio del general Páez?

—Disidencias ideológicas, Excelencia; que, afortunadamente, han sido superadas.

—¡Eso no es verdad! —exclamó abruptamente Pedro Camejo— Córdoba no se atreve a decirle la verdad. Yo, en cambio, sí se la puedo decir: el Tío, ahí donde usted lo ve, tiene sus manías y, aunque no le discuto que el fondo tenga razón, no soy tan empecinado como él.

—¿Y qué manía es esa?

—Pues, la tirria que le tiene a los reinosos. La tenía cogida con él, al igual que con otra persona que estoy viendo pero no digo. El teniente, harto de tantos malos tratos, decidió dejar plantado al Tío. Eso es todo.

—¡Ah!, —dejó escapar Páez—. ¿Ya le diste a la sin güeso? Prepárate ahora para la que te voy a echar. Pregúntele, Libertador, a este negro faramallero y deslenguado, con quién andaba antes de juntarse conmigo.

Bolívar, conocedor de la amistad que se profesaban jefe y subalterno, decidió proseguir con aquel juego donde al acusarse ante su presencia, borraban diferencias jerárquicas entre ellos para aceptar su autoridad.

—¿Me puede decir, Camejo, con quién andaba usted antes de conocer al general Páez?

—El rostro del negro se iluminó de terror. Con gran esfuerzo repuso, casi inaudible:

—Con Boves...

—¿Con Boves? —exclamó El Libertador realmente sorprendido.

—Así como lo oye —repuso Camejo, emergiendo del miedo en una ventisca insolente.

Páez y sus hombres reían con ganas del aprieto en que se hallaba el negro; ya que su gran preocupación, ante el arribo inminente de El Libertador, era de que se enterase de haber servido bajo las banderas del feroz asturiano que casi hace sucumbir a la República. Había amenazado de muerte al que se atreviera a irle con el chisme al Jefe Supremo.

—¿Pero, cómo es posible, Camejo —acotó El Libertador—, que un hombre como usted, haya servido bajo las banderas de semejante monstruo?

Envalentonado por la ira de haber sido expuesto al ridículo, respondió altanero:

—No tiene por qué extrañarse, Libertador. Tres de cada cuatro soldados del Tío fuimos soldados de Boves.

Aunque El Libertador estaba parcialmente enterado del hecho, quiso saber las causas por boca del ordenanza.

—¿Y por qué no siguieron bajo el mando español?

—Porque el generalísimo Morillo no quería nada con nosotros los negros y tampoco con los marrones. Como el Tío no andaba con tantas mingonerías y sabíamos que andaba alzado, nos vinimos a trabajar con él. Y aunque a mí, a pesar de todo cuanto hago, no me sube de teniente, aquí no hay eso de que los blancos sean los oficiales y los que no, carne de cañón. Fíjese en el caso de Leonardo Infante —dijo mostrando a uno de los cuatro oficiales que Páez hizo llamar—, es tan negro como yo y mire el rango y autoridad que se gasta. Es nada menos que teniente coronel.

El aludido sonrió, dio un paso al frente y saludó marcial a Bolívar. Sus ojos expresaban admiración y simpatía.

Páez ha sabido resolver el problema de las razas —se dijo El Libertador antes de que el jefe llanero tomase de nuevo la palabra—. Esto explica, además de sus otras virtudes, buena parte de su éxito.

—¿Sabe usted, Libertador —intervino Páez con expresión fatigada—, por qué no asciendo a Pedro Camejo? Por ser más fastidioso que loro en el suelo. Si de Teniente, me obedece de chiripa, imagínese lo que haría si lo igualo con Infante, que sí es un hombre sencillo y buen soldado. ¿Usted sabe cuál es el sobrenombre que le han puesto sus compañeros por tratar de ser siempre el primero?

—No, General —contestó Bolívar.

—Pues, lo llaman Negro Primero.

V

El Libertador acompañado de Páez, hizo su entrada triunfal en San Juan de Payara bajo un túnel de lanzas que le hicieron los llaneros en sentido homenaje. Payara era la capital provisional de Páez, ya que la cabeza del imperio llanero que quería para él, como entre líneas lo descubrió El Libertador, era San Fernando de Apure. No le fue difícil, tampoco, darse cuenta que si la motivación principal de los soldados de Páez, como los de Zaraza o los de Boves, era la aventura, el botín y el pillaje, como claramente se lo expresara Negro Primero, los caudillos regionales no tenían el menor interés por otras regiones que no fueran las suyas. Arismendi se negó a que sus margariteños abandonasen la isla para incorporarse al ejército libertador. A Zaraza tan solo le importaba liberar la provincia de Barcelona, al igual que a Mariño la provincia de Cumaná. No había en ellos la menor noción de patria grande ni tampoco de patria chica. Lo mismo les daba que su provincia estuviese gobernada por un caudillo español o criollo, siempre y cuando estuviesen en el bando del triunfador y se beneficiasen saqueando las provincias vecinas.

¿Cómo haré —se preguntaba El Libertador en su primera noche en Payara— para que estos hombres entiendan lo que es la patria y cómo se puede morir por la gloria y no por el botín? ¿Cómo hacer para que los hombres de Venezuela y Nueva Granada, tan regionalistas como nosotros, comprendan la necesidad de fundir nuestros pueblos en una sola nación?

Durante el día tuvo ocasión de observar detenidamente el campamento de Páez. Estos hombres que lo siguen —se decía— lo ven como una deidad. Son capaces de hacerse matar por él, de tan solo pedirselo.

Si Páez decide mañana pasarse al bando realista, serán más monárquicos que los españoles que trajo Morillo. A los de Caracas, no me fue difícil insuflarles mis ideales; como también, parcialmente, lo han entendido los orientales y la clase dirigente de Nueva Granada. Son hombres de cultura similar; que saben leer y escribir, que tienen conciencia histórica, que entienden que no podemos seguir sujetos a la voluntad de España. Pero todos ellos juntos, con los hombres que los siguen y con los que yo tengo, no somos nada ante el inmenso poder de José Antonio Páez. ¿Qué ha hecho este hombre para hacerse obedecer y amar al mismo tiempo? En primer lugar, es temible. No vacila en ejecutar al que le falle en el campo de batalla; luego, está poseído por los dioses de la guerra. Las proezas que ha realizado son dignas de Homero. Si al miedo se le añade el botín y la gloria y luego sumamos la abolición real y efectiva del sistema de castas, es de comprender el por qué ha logrado, siendo analfabeta, una sociedad armada, dichosa y confiada en su futuro. A diferencia de mis oficiales, tan puntillosos en sus jerarquías, aquí todos son iguales; nadie es superior a otro. ¿No he visto acaso a Doña Dominga, la esposa de Páez, cocinar el rancho de la tropa, al igual que los cientos de troperas que los acompañan? Me dicen y cuentan que como cualquiera de ellas, sigue a Páez al sitio del combate, curando también a los heridos. Ni yo, ni nadie, será capaz de arrebatarse a este hombre su jefatura y cacicazgo en la inmensa provincia de Barinas. Tiene cuarenta mil caballos encorralados y medio millón en libertad, al igual que millón y medio de reses. ¿Quién puede ofrecerles más de lo que ellos buscan? ¿Quién es capaz de institucionalizar el papel del jefe? Tan solo hay un camino para mover este poderoso mundo a nuestro favor: persuadir a Páez de que tome la ruta de los grandes designios.

Durante cuatro días Bolívar y su ejército hicieron vida en común en San Juan de Payara. Bolívar captó en los ojos de Páez la emoción que lo embargaba ante su moderno armamento, la ahorrativa disciplina

militar de que hacía gala su infantería y los barcos artillados de Brión.

—Con esto resultará un paseo —dijo el llanero— tomar a San Fernando de Apure.

—¡Por supuesto, General! —respondió El Libertador—. Yo lo ayudaré a usted en sus deseos y luego usted me ayudará en los míos, que son también los suyos: como es tomar a Caracas...

—¿Caracas, Caracas? —respondió el otro confuso y desorientado.

—¡Claro que Caracas! —le repuso con entusiasmo Bolívar—. ¡Quién tome la capital de un país, es dueño de él!

Páez lo miraba con extrañeza. Él poco o nada sabía de Caracas. Él era barinés de cuerpo entero. Barinas, la populosa y rica ciudad llanera, era su capital. ¿Qué necesidad tenía de salirse de madre a luchar por otras tierras, cuando tierra y ganado es lo que le sobra?

—Yo comprendo, general Páez, su entusiasmo —adivinó Bolívar— por liberar a su hermosa Barinas, pero, entienda usted que los españoles no hacen estas distinciones. Para ellos es tan propiedad de España, Barinas, como Coro, Guayana o Cumaná. Tan pronto hayan conquistado una, como es el caso de mi Caracas, cargarán sobre la siguiente: en este caso, su amada Barinas. Por eso es que tenemos que juntar esfuerzos y ayudarnos mutuamente. Luego que los echemos definitivamente, cada quien cogerá por su lado.

Un brillo extraño se aposentó en los ojos de Páez.

—Por fin entiendo lo que usted me quiere decir, Libertador. Pongámonos mañana mismo en camino para liberar a San Fernando y a Caracas.

VI

A cuatro mil hombres asciende el ejército patriota que desde San Juan de Payara avanza hacia San Fernando, distante a cinco leguas. Otros quinientos, con la mayor parte de la artillería, se desplazan por el Apure hacia el mismo destino.

El Libertador observa con preocupación que no llevan consigo ni una cabeza de ganado para alimentar la tropa.

—Es que no quedó ni una ternera —responde Páez— después de la hartazón que sus hombres y los míos se echaron en Payara por cuatro días.

—Pero ¿qué comerá el ejército? A paso de tropa nos faltan dos días, por lo muy menos, para llegar a San Fernando.

—Dios proveerá Libertador. Lo que nos haga falta irá apareciendo por el camino. No se le olvide que en Apure hay mil reses por cada ser viviente.

—Pero yo no veo ninguna por estos contornos y no creo que encontremos nada si este pasto sigue tan reseco. El verano viene fuerte.

—Confíe en Dios y en La Virgen del Carmen, Libertador —contestó Páez apacible. Y como para restarle importancia a los temores de Bolívar, entonó con voz sorprendentemente fuerte y bien timbrada un corrido llanero al que corearon sus llaneros apresurando el paso.

—¡Caray, general Páez, yo no le conocía esas dotes! Es un palo de cantante.

El llanero se esponjó de orgullo.

El flanco débil de este hombre es la vanidad —se dijo El Libertador—. Nunca me lo imaginé tan susceptible a la lisonja, aunque ya algo había advertido en estos días.

Para sorpresa de Páez y de sus hombres, El Libertador, a su vez, entonó una melodía guerrera de incomprensible letra y hermosa melodía, por su parecido a la canción de cuna “Duérmase mi niño, que tengo que hacer”. Y así como los hombres de Páez le hicieron coro, el ejército de Bolívar hizo otro tanto con inexplicable emoción.

—¡Bravo, bravo! —celebró Páez batiendo palmas. Yo no le conocía tampoco esas facultades. No lo hace mal. La canción es muy bonita. ¿Cómo se llama?

—Esa la vienen cantando desde 1810. Unos la llaman “La Canción de Caracas” y otros, “El Bravo Pueblo”.

Los temores de Bolívar sobre el hambre que caería sobre el ejército se cumplieron a cabalidad. Salvo dos venados, cazados por Páez y él a la usanza llanera, el campamento patriota en su primera noche se vio acosado por el hambre.

—Acerquémonos al Apure —propuso Páez en la mañana—. Allí sí encontraremos ganado; los pastizales siempre están verdes.

Pero no lograron ver una res en las dos leguas que los separaban de San Fernando. El ejército y, en particular, la infantería, desfallecían de hambre.

—¡Caraj! —se excusaba Páez— primera vez que me pasa una cosa semejante. Pareciera que nos hubiesen echado una maldición.

Bolívar, que ya estaba al tanto del rumor que habían hecho correr sus enemigos sobre su mala estrella, contradijo sobre la marcha el pensamiento que se asomaba en el llanero.

—Ahora soy yo quien lo consuela. Déjese de temores, porque soy un hombre de suerte y con suerte.

—Pues, la verdad —repuso Páez— que como que tiene razón. Mire allá...

A unas tres millas de donde se encontraban, más de cien reses pastaban al otro lado del río. Siete cañoneras españolas, sin embargo, vigilaban el terreno de la ribera opuesta.

—Deben estar durmiendo la siesta —comentó Negro Primero— desde el momento en que no nos han caído a cañonazos.

—Y mis barcos no llegan —comentó Bolívar molesto—. Si los tuviéramos aquí, cruzaríamos el Apure y además del ganado nos apoderaríamos de esas flecheras.

—¿Las quiere usted Libertador? —preguntó Páez con extraña sonrisa—. Pues ahora mismo se las voy a conseguir. ¡Epa! —gritó a su caballería—, los que quieran acompañarme en una misión peligrosa, que me sigan.

Fue tal el número de voluntarios, que el caudillo se vio obligado a elegir entre los cincuenta que llegaron primero. Ante la sorpresa de Bolívar, Páez y sus llaneros, luego de meter sus caballos en el río, prosiguieron nadando hacia las cañoneras, con las lanzas en la boca y rodeados de caimanes. Parecía imposible que aquellos hombres y sus cabalgaduras fuesen capaces de cruzar el ancho y poderoso Apure. Los españoles se dieron cuenta de lo sucedido cuando el casco de los caballos sobre las barcas los despertaron en una pesadilla.

—De no haberlo visto con mis propios ojos —exclamó El Libertador— no lo hubiese creído jamás. Es la primera batalla anfibia entre barcos y caballos que se produce en la historia.

—Aquí tiene sus barcos, Libertador —le repuso Páez con amplia sonrisa—. Ahora mande a sus hombres a que nos traigan el almuerzo.

—Gracias, general Páez —dijo Bolívar— es usted un héroe comparable a Aquiles.

¿Podré yo dominar a este hombre? —se dijo de inmediato—. Jamás me había encontrado a ningún otro de tanta audacia y poderío.

VII

El generalísimo Pablo Morillo, Jefe Supremo de Venezuela y Nueva Granada de los ejércitos del Rey, cabalga, como todas las mañanas, en derredor de la plaza de Calabozo, capital de los llanos centrales y, hasta hace cuatro años, sede y corte de José Tomás Boves, el asturiano que, a nombre de Su Majestad en un comienzo, y luego por él mismo, desencadenó la espantosa guerra de razas que ha costado al país la cuarta parte de sus habitantes. Nunca el mundo moderno había contemplado hasta entonces el feroz genocidio sucedido en Venezuela. Luego de la batalla de Urica, donde encontró la muerte y días después en Maturín, por obra de Morales, su lugarteniente, cesó toda resistencia por parte de los insurgentes, a los que Morillo llamaba despectivamente “chucutos”. Todo el territorio venezolano tres meses antes de su llegada con aquel poderoso ejército de diez mil hombres que combatieron contra Napoleón, estaba pacificado y en poder de los realistas. No obstante la veteranía y coraje de sus tropas, cuando estas supieron frente a las costas de Venezuela que era este su destino y no la Argentina, hubo protestas y conatos de motín. Tal era el horror de las noticias procedentes de la patria de Bolívar.

Morillo, hijo de pastores, había alcanzado las glorias del generalato por su brillante hoja de servicios, primero como guerrillero y luego como ayudante de Wellington, quien se expresó de él en los mejores términos, hasta el punto de considerarlo el más importante de los generales españoles. Era un hombre de unos cuarenta años, nacido y hecho para vivir en los avatares de la guerra. Rígido por disciplina y no por naturaleza, se propuso desde el principio, no solo pacificar al país, de

donde le vino el nombre de “El Pacificador”, sino sacar de raíz el mal de la insurrección popular que dejara Boves en todo su apogeo. Comenzó por licenciar, desoyendo los consejos de Morales, a los ocho mil llaneros que bajo su mando acabaron con los últimos republicanos.

—Con negro no se va a ninguna parte —comentó a Morales, luego de su primera inspección a la célebre caballería del asturiano—. No solo carecen de disciplina, como lo estoy viendo, sino que son incapaces de aprenderla. Sé de buena fuente que sus objetivos de guerra son el botín y el pillaje y que, sea cual sea el bando donde sirvan, su odio al blanco es permanente. ¿Cuántos oficiales criollos o europeos, servidores de Su Majestad, fueron muertos por la espalda por sus propios hombres? No quiero su auxilio. No los necesito para nada. Son tan animales como sus propias bestias.

—No son lo que parecen, Excelencia —se atrevió Morales a argüir—. De no haber sido por ellos, la República de Bolívar hubiese continuado en pie.

—Decidme, Morales —preguntó El Pacificador con aire condescendiente—, ¿contra qué tipo de soldados lucharon los llaneros de Boves?

Morales, dándose cuenta hacia dónde iba Morillo, se apresuró a rectificar:

—Claro está que es muy cierto lo que observa Su Excelencia: los hombres de Páez y Bolívar son tan venezolanos y tan salvajes como los de Boves. Hasta ahora, todo esto no ha sido más que una guerra civil...

—¿Os preocupa, entonces, que me quite de encima a estos mendigos armados cuando tengo bajo mi mando la mejor infantería del mundo? Juntos hemos combatido y vencido las huestes de Napoleón.

—Tenéis toda la razón, Excelencia —accedió Morales al observar el marcial aspecto de los veteranos españoles.

A pesar de que el triunfo sonrió a Morillo desde que pisó tierra venezolana y que la reconquista de Nueva Granada fue un paseo militar de

muchas víctimas para los patriotas, los combates librados contra Páez en los últimos años lo llevaron a escribir una carta a Fernando VII, donde al enaltecer las virtudes guerreras de los venezolanos, concluía: “Dadme cien mil llaneros y conquistaré a Europa para mayor gloria de España y de Vuestra Majestad”.

Un caballo al galope en la lejanía llamó la atención de El Pacificador y su séquito. Era un correo y venía de San Fernando de Apure. Por él quedó enterado que hacía más de cinco semanas que Bolívar había salido de Angostura con cuatro mil hombres, con el objeto de reunirse con Páez, y que hacía más de cuatro días ambos ejércitos asediaban a San Fernando.

Morillo no pareció preocuparse por las nuevas, aunque todos sus efectivos no excedieran más de mil soldados, entre infantería y caballería. Aunque su primer pensamiento fue caer de inmediato sobre la desguarnecida Angostura, donde Bolívar dejó por toda fuerza un contingente de mil hombres, donde la gran mayoría eran inválidos, ancianos y niños, hubo de frenar sus ímpetus al saber que en auxilio de los venezolanos había llegado una legión de setecientos europeos, tan veteranos como sus hombres en la guerra contra Napoleón.

Ya esto es diferente; pero de andar con cuidado derrotaremos definitivamente a Bolívar y a Páez con su ejército de chucutos. Por varias semanas y quizás hasta meses, la guarnición de San Fernando distraerá a los insurgentes, lo que nos dará tiempo de que acudan en nuestro auxilio los ejércitos que tengo en Valencia y en Caracas.

—¿Refuerzo la vigilancia? —preguntó a Morillo su jefe de Estado Mayor.

—Claro que es conveniente; pero no es como para alarmarse. De haber abandonado el asedio de San Fernando, como pudiera suceder por miedo a la desertión, Bolívar y Páez tardarán su buena semana en llegar hasta nosotros, lo que permitirá a los nuestros auxiliarnos con toda prontitud. Enviad de inmediato los correos pertinentes.

A poco de caer la noche y con luna llena, cuatro jinetes realistas salieron de Calabozo en dirección a Caracas. Competían alegremente los cuatro hombres en su galopar, cuando a una milla de la ciudad una nube de flechas cayó sobre las bestias. Dos se pararon en patas derribando a sus jinetes; otro prosiguió su carrera por un cuarto de milla, seguido muy de cerca por seis llaneros de lanzas asesinas. A escasos minutos, se detuvo babeante de muerte y se derrenegó por el camino. El cuarto, como prosiguiera su alocada carrera insensible al dolor, fue derribado a tiros junto con el soldado.

—Muy bien, muchachos —dijo el coronel Aramendi—. Ahora los españoles no sabrán que su jefe Pablo Morillo se encuentra en grave aprieto.

Morillo, como todas las mañanas, hacía su recorrido por los alrededores de la ciudad, seguido de un centenar de hombres. Su sorpresa no tuvo límites al bordear un bosquecillo y recibir una descarga cerrada que mató a varios soldados. Al grito de ¡Emboscada!, dio órdenes de retirarse a toda prisa hacia la ciudad. Apenas habían vuelto grupas, cuando un tropel de llaneros lanza en ristre se lanzaron contra ellos. De no haber apostado a la entrada de la ciudad un grupo de fusileros, que dispararon casi a quemarropa contra los perseguidores, es probable que Morillo hubiese muerto ensartado por una lanza llanera que atajó con su cuerpo un oscuro soldado. Le costó trabajo al Pacificador darse cuenta a mitad de la mañana de que los insurgentes cercaban Calabozo sin la menor oportunidad de escapatoria.

—Es el ejército de Páez, el que nos asedia —dijo a Morillo un oficial.

—Pero ¿cómo es posible —preguntó Morillo con estupor— que esta gente haya llegado a Calabozo? Hace apenas tres días estaban frente a San Fernando. A paso rápido han debido tardar más de una semana.

—Páez, Excelencia —se atrevió a decirle otro de sus ayudantes— es capaz de recorrer veinte leguas en un día.

No es exageración ni leyenda —se dijo el Generalísimo— lo que hace y puede hacer Páez en un día.

Dos caballos al paso con dos cuerpos cada uno al través, se les vio venir hacia Calabozo. Eran los correos, muertos todos a balazos.

—Nos hemos quedado aislados —comentó Morillo sin aprehensión.

Luego de tres días llegó Bolívar y su ejército, quien convenció una vez más a Páez de adoptar ciertas reglas bélicas.

—No tenemos por qué tener a toda nuestra gente mirando como bobos hacia Calabozo. Mejor montamos campamento en El Rastro, que está a una milla de la ciudad. De venir los españoles en auxilio de Morillo les saldremos al paso. Con dejar unos cuantos vigías alrededor de Morillo será suficiente.

—¿Cree usted, Libertador —preguntó Páez con reticencia y poca cordialidad— que esto sea lo más conveniente?

—¡Por supuesto, General! —repuso Bolívar provocando una larga carcajada en los llaneros que los rodeaban.

Ignorando que por el uso excesivo que hacía de esa expresión los llaneros lo apodaban Tío Porsupuesto, insistió una vez más que el asedio era la técnica adecuada cuando una ciudad intermedia opone resistencia cuando se marcha hacia la capital de la nación.

—Los venceremos por hambre —insistió El Libertador, percatándose de que Páez estaba insatisfecho por haber dejado atrás San Fernando, la ciudad que tenía destinada para ser su capital en los llanos.

—Yo no sé qué decirle, Libertador —le repuso Páez con desgano—. Morillo no es ningún zoquete y sus recursos son muchos, como nos lo ha demostrado.

—Pues yo sé cómo amansarlo, general Páez. Vamos a acabar de una vez por todas con esta guerra a muerte de no llevar preso amarrado. Le voy a escribir ahora mismo a Morillo proponiéndole esta medida, así como el canje de prisioneros.

Los parlamentarios que en nombre de Bolívar le llevaron la propuesta a Morillo, luego de más de dos horas de espera a la vista de la ciudad,

bajo un sol calcinante, recibieron por toda respuesta que disponían de pocos minutos para ponerse a salvo de una descarga de fusilería.

Aunque Bolívar y Páez se cuidaban bien de proferir insolencias frente al otro, El Libertador exclamó:

—El piazó'e carajo ese, ni siquiera tiene la cortesía de contestar. La próxima vez que lo tenga a tiro va a ver lo que es bueno.

El cerco de Calabozo se hizo a partes iguales: el norte y el este serían cuidados por los llaneros de Páez; los otros dos costados por el ejército de El Libertador. Bastarían veinticinco hombres por cada lado para mantener a Morillo a raya.

Cayó la primera noche y el ejército republicano durmió a pierna suelta, mientras los centinelas intentaban cumplir su cometido. Ya la luna estaba en cuarto menguante y negros nubarrones que a ratos la apagaban, anunciaban una tempestad. A la tercera vez que se ensombreció la luna un hombre salió sigiloso de la ciudad sitiada, echándose al suelo cuando el satélite volvía a relumbrar. En el lado norte seis de los llaneros de Páez jugaban dado corrido. En el otro extremo, los restantes dormían a pierna suelta. Un caballo iba de un lado a otro con su jinete dormido. Sonrió por lo bajo el generalísimo Morillo. Ya me lo decía yo, —se dijo con satisfacción— esta gente no tiene disciplina y no tienen la menor idea de lo que es un asedio. Cuando entró de nuevo a Calabozo un oficial se le cuadró respetuoso:

—Perdone, Excelencia, que lo irrespete al llamarle la atención por su audacia. ¿Qué sería de nosotros, de pasarle algo?

—Y usted, dele gracias a Dios de no ordenar su encarcelación por irrespetuoso, tales son de buenas las noticias que traigo.

Al segundo día del cerco, Páez no ocultaba a Bolívar la impaciencia y el aburrimiento que lo poseían. Los roces y fricciones entre los oficiales y soldados de ambos jefes iban en aumento. Los llaneros decían no ser soldados de Bolívar, para que sus oficiales pretendiesen darles

órdenes. Bolívar sufría lo indecible por mantener su autoridad y al mismo tiempo mantenerse en armonía con el jefe de los llaneros. Lo de conquistar Caracas como golpe efectista, no parecía entusiasmar con exceso a Páez, así como tampoco el asedio de Calabozo. Bolívar comprendió que la autonomía de las Provincias que puso bajo el mando el Rey de España, proseguía en el ánimo de los llaneros. Los llanos del Guárico son tierra extraña para ellos. Son los llanos de Caracas y nada más. De ahí la apatía e indiferencia que se observaba en todos por dominar a Calabozo, aunque dentro de ella estuviese encerrado el jefe máximo de los realistas.

Desde la mañana siguiente al primer asedio, supo por sus observadores lo que Morillo la noche antes constató con sus propios ojos: los hombres de Páez no tenían la menor idea, o el menor interés, por montar guardia y vigilar al enemigo. Para mantener la disciplina ordenó al coronel Guillermo Iribarren mantener los ojos muy abiertos para la próxima noche.

Al clarear la mañana, Páez y Bolívar desayunaban con queso, carne y café, cuando irrumpió en el campamento vivamente agitado el coronel Iribarren:

—Morillo y todo su ejército huyeron en medio de la noche —dijo a gritos.

—¿Cómo es eso? —preguntó Bolívar incorporándose violento—. ¿Y qué hacían los centinelas?

—Yo respondo por los míos —repuso vacilante Iribarren— no así de los otros, por donde se produjo la fuga.

—Esto lo van a pagar con sangre —gritó Bolívar fuera de sí—. Haga arrestar a los soldados que estaban anoche de guardia fusíelos de inmediato.

—Un momento, general Bolívar —dijo Páez luego de permanecer largo rato inmóvil y en silencio—. Debo recordarle que esos hombres

son gente de mi ejército y no del suyo. Si hay que castigarlos, seré yo quien decida lo que se debe hacer.

Los llaneros que los rodeaban echaron un paso atrás, listos a lanzarse contra Bolívar y los suyos. Este comprendió de inmediato que aunque Páez se había subordinado a él, su ejército no compartía la decisión de su jefe, aunque hasta entonces le obedecía. Páez no era Santiago Mariño, el jefe oriental al que le fusiló uno de cada cinco hombres que pretendieron desertar de su jefatura en Valencia. De perseverar en sus ideas de castigo contra aquellos hombres, hubiese estallado la guerra civil.

—Tiene usted razón, general Páez —asintió resignado.

El castigo de los centinelas no se llevó a cabo. Bolívar hizo lo indecible por apaciguar a Páez y a sus llaneros; pero la brecha entre los dos hombres había quedado abierta. Bolívar incitaba continuamente a Páez a proseguir hacia Caracas. Le prometía incorporar más de cuatro mil caraqueños a su ejército, que asegurarían la victoria. Páez a ratos se mostraba silencioso e irritable, aunque por lo general charlaba afable y alegremente con El Libertador. En la medida que se adentraban hacia el norte, el verde suelo de los llanos se fue haciendo empinado, rojizo y pedregoso. Los llaneros no ocultaban su contrariedad. Páez proseguía cordial:

—Usted me pregunta el por qué le tengo tanta ojeriza a Santander y a todos los neogranadinos. Aquí tiene la respuesta —agregó, haciéndole entrega de una carta que Santander dirigía a un compatriota denostando de los venezolanos. Bolívar frunció el ceño al leerla, pero no le dio mayor importancia.

Santander, a pesar de su apariencia apacible, estallaba de pronto como él, diciendo toda clase de barbaridades. No era un antagonismo nacional, como afirmaba Páez, sino el odio antiguo que ambos se profesaban. No había en todo el ejército un hombre de mayor inteligencia y capacidad organizativa que Santander. Si Páez ofrecía ventajas bélicas,

Santander lo igualaba en otras dimensiones. Tenía que hacer de intermediario entre uno y otro para utilizar sus potencialidades al servicio de la República.

La consistencia pétrea del terreno en la medida que avanzaban hacia el norte era un serio impedimento para los caballos llaneros, acostumbrados a las tierras blandas y húmedas del Apure. El malestar entre sus jinetes era creciente y descompasador. Comenzaron las deserciones. En la proximidad de El Sombrero, Páez, haciéndose eco del sentir de sus hombres, comunicó al Libertador su deseo de retirarse de la empresa.

—Le somos más útiles tomando de una vez por todas a San Fernando, que seguir camino arriba para que se nos malogren las bestias. Caballería en cerro no sirve, Libertador.

Bolívar, simulando aceptar las razones de Páez, accedió a sus deseos, que hubiese realizado, con su aprobación o sin ella.

Al verlo partir hacia el sur, comprendió que la guerra sin Páez sería muy diferente.

VIII

La desertión de Páez más los efectivos que dejó acantonados sitiando San Fernando de Apure, redujeron el ejército de Bolívar a la mitad. Ya no contaba con los cuatro mil hombres con los que salió de San Juan de Payara para derrotar definitivamente a los españoles. De todas formas duplicaba a los veteranos de Morillo retirándose progresivamente hacia Caracas.

—Convéznase, comandante Infante —le decía al negro a quien Páez elevó a tan alto rango— que en lo que conquistemos a Caracas se vendrá abajo el poderío español en Venezuela.

Leonardo Infante, seducido por Bolívar desde el primer encuentro, lo observaba con una sonrisa y ojos maravillados. “Si no te conociera bien compadre Leonardo —le había recriminado en Calabozo Negro Primero— diría que eras marico. Hay que ver la pepera que has cogido por el señor este, luego de lo que el Tío ha hecho por ti”. Infante, valiente y feroz guerrero en el combate cuerpo a cuerpo, dejaba salir su risa chocarrera ante las maledicencias de Pedro Camejo. El Libertador en efecto lo había persuadido con su verbo y el fulgor de sus ojos que era el profeta que, sin saber para qué, les había enviado el Gran Poder Divino. El Libertador, quien nunca se sintió a gusto ni con Páez ni con sus llaneros, sentía a su vez gran simpatía y confianza por aquel bravo lancero nacido en Maturín. Bolívar proseguía desarrollando una vez más su vieja tesis sobre la importancia estratégica de apoderarse de la capital de un país para dominarlo definitivamente. Carlos Soublette, que cabalgaba emparejado con el teniente neogranadino José María Córdoba, quien también abandonó a Páez, se llevó las manos a la cabeza en señal de aburrimiento al escucharle por décima vez

en dos días el mismo cuento a su jefe y pariente. José María Córdoba, quien era tan mal encarado y rabioso como José Antonio Anzoátegui, a quien se le asignó como ayudante, no sonrió como pensaba Soubllette ante su aspaviento.

Este carajito —se dijo Soubllette— es más antipático que Simón cuando amanece con el Bolívar atravesado. Yo no sé qué se habrá creído. No se le puede negar que es todo un caballero y encima sabe mandar y pelear.

En aquel momento, luego que el viento rodó las nubes, se dibujaron al norte unas montañuelas cortadas a pico como si fueran dados.

—¡Vea, Leonardo! —expresó El Libertador con voz quebrada por la emoción—. Esos son los Morros de San Juan. Detrás de ellos está Caracas, mi Caracas —recalcó con el embeleso del hombre que evoca a su hembra.

Lo de Simón por Caracas —piensa Soubllette— no es un objetivo militar, como pretende hacérselo creer. Más que táctica o estrategia, es una obsesión y más que eso, un delirio, porque tal como están las cosas, Caracas es inexpugnable. Volveremos a fracasar, como ya por tres veces nos ha sucedido. Pero ¿quién le lleva la contraria cuando se le mete una idea entre ceja y ceja?

—Pero ¿Caracas está tan cerquita, Libertador? —preguntó Infante—. Yo me la hacía más lejos.

Saltó alegre la risa de Bolívar:

No estoy hablando de Caracas la ciudad, sino de Caracas provincia. Todavía nos falta un trecho largo.

Bolívar explicó a Infante y a Córdoba la topografía del centro, el sistema defensivo de sus montañas que, en círculos concéntricos, iba de su ciudad natal hasta los valles de Aragua.

—Claro está —subrayó— que nuestra provincia abarca también a Valencia y las llanuras de Carabobo, pero mi Caracas, mi patria, mi nación —dijo vivamente— es el valle que cobija el Ávila, los valles de Barlovento, los del Tuy y los de Aragua, a donde vamos a entrar dentro

de un rato cuando crucemos el único paso que se abre hacia los llanos y que se llama precisamente La Puerta.

Y había tanto énfasis en sus palabras que Anzoátegui se atrevió a comentarle:

—¡Caray, Libertador! Quién lo oyera ahora y lo hubiese escuchado antes, cuando hablaba de que hasta que los jefes provinciales no terminasen de comprender que antes que su patria chica estaba la grande, la independencia no se llevaría a cabo. Usted se quejaba de que Zaraza no quería unírsele por estar muy ocupado en sus tierras de Barcelona; que Mariño hacía lo mismo en Cumaná y que Páez no tenía más interés que su provincia de Barinas...

—¿Y qué hay con eso? —preguntó molesto Bolívar adivinando lo siguiente.

—Que usted está igualito a todos los demás; y que si los otros son provincianos, usted no se les queda muy atrás, porque es un caraqueño rajado que no tiene más pensamiento que llegar a su casa.

—Eso no es verdad, José Antonio. ¿De dónde sacas juicios tan temerarios? Yo soy un venezolano integral. —Y por décima primera vez repitió al grupo lo de la estrategia y la capital de un país.

El ejército libertador cruzó La Puerta y entró en la Provincia de Caracas. El largo y estrecho camino encajonado entre montañas verticales de negros peñascos sacó, a los que combatieron en ese sitio a Boves, conjuros, guiñas y juramentos. Cuatro años atrás Bolívar y los orientales fueron destrozados en aquel zanjón por el feroz asturiano y degollados, luego de la batalla, mil sobrevivientes.

—¡Zape! —dijo un soldado de infantería— salgamos rápido de aquí, que esto es más pavoso que fumar desnudo.

El terreno se hacía más quebrado y montañoso en la medida que avanzaban. Santander susurró a Córdoba, su compatriota:

—Tengo miedo de que Morillo nos esté llevando a una celada. Él

se retira con su infantería y El Libertador le da demasiada importancia a los caballos, cuando es más que sabido, como lo vimos tú y yo, que caballería en montaña es absolutamente inútil.

—Tiene razón, Su Merced —repuso el antioqueño sin variar su enfurruñamiento.

—¿Tú oíste lo que el general Anzoátegui le echó en cara al Libertador? —preguntó Santander con aire cómplice.

—Si El Libertador —prosiguió Santander— está tan obcecado por Caracas, como lo están el resto de los jefes venezolanos con sus provincias, cree usted que Venezuela podrá funcionar alguna vez como una sola y única nación.

Sin esperar la respuesta, prosiguió Santander:

—Por eso es que se me hace cada vez más cuesta arriba eso de unir a nuestra patria con Venezuela para hacer un nuevo país. Eso mi querido amigo no es más que una entelequia, un sueño demagógico del Libertador que nunca se llevará a cabo y que, por los momentos, sirve a Bolívar para que nosotros lo acompañemos en su empresa de liberar a Venezuela o a Caracas. Esta gente no nos quiere, ni nosotros a ellos. ¿O es que acaso se le olvidó lo que sufrimos bajo el mando de Páez?

Córdoba no dio lugar a ninguna respuesta. Cuando Santander hizo una pausa, solicitó su permiso para retirarse y cabalgó hasta donde se hallaba su jefe José Antonio Anzoátegui, que, si era capaz de hacer observaciones impertinentes a El Libertador, no le permitía a nadie la menor de las críticas hacia su persona.

La cabalgata triunfal que Bolívar había prometido tan pronto cruzar en La Puerta, no se produjo. A diferencia de los miles de voluntarios que suponía se enrolarían a su paso, encontró vacíos y desolados los pueblos que encontró en el camino.

—Es que como amenazaste pasar por las armas —le dijo Soublatte— a todo venezolano que se encontrase no incorporado a una unidad del

ejército, los campesinos y pueblerinos, por el hecho mismo de no estarlo, cogieron el monte. Tienes que aceptar que la gente siempre se muda hacia donde están los españoles.

Bolívar no respondió y espoleó a su caballo hasta alejarse peligrosamente de la vanguardia. Al llegar a San Mateo, el feudo de los Bolívar, la situación fue diferente. De todos los cerros bajaron campesinos y esclavos a darle la bienvenida. Preso por la emoción, hizo efectiva en ese mismo instante la abolición de la esclavitud y la incorporación de sus negros al ejército. Y como eran varios los meses que no disfrutaba de los placeres de una rica hembra, por dos días fornicó con negras y blancas como si quisiera repoblar la heredad que despobló con la guerra.

Ya entraba en éxtasis al comulgar con su tierra y con su gente, cuando le llegaron noticias alarmantes: dos ejércitos realistas, uno procedente de Valencia y otro de Caracas, avanzaban apresuradamente contra él para cogerlo entre dos fuegos. Hubo de emprender la retirada por el mismo camino que días antes recorrieron jubilosos. En el sitio llamado El Semen, a escasas millas de la funesta Puerta, fueron alcanzados por la caballería de Morillo. Leonardo Infante y José María Córdoba se batieron con bravura, al igual que el resto del ejército libertador. Pero los soldados de Morillo, que no se les quedaban a la zaga y los excedían en número y disciplina, causaron gran mortandad entre los insurgentes. La gente huía con desesperación hacia los anchos caminos del llano. El lanzazo de un llanero que atravesó el abdomen de Morillo de parte a parte impidió que continuase la persecución de los vencidos por parte del ejército español. Bolívar derrotado hizo campamento en El Sombrero. El Mariscal La Torre, segundo de Morillo, se presentó ante la ciudad imponiendo una nueva derrota y algunas otras que se fueron sucediendo hasta una mata llamada El Rincón de Los Toros, a una milla del campamento español del comandante Rafael López, hombre de color, de extraordinaria valentía, nacido en Venezuela.

Todavía el jefe llanero asedia San Fernando de Apure. El Libertador le refiere lo que sucediera en El Rincón de los Toros.

—Imagínese, General, que en una noche oscura como boca de lobo, me levanté de la hamaca y me fui un poco más allá para hacer una necesidad. No había terminado de subirme los pantalones cuando oigo una descarga cerrada de ocho tiros y gritos de guerra por todas partes. Aquello fue el pandemónium: el comandante López, que era venezolano realista y que estaba de acuerdo con el bandido de Renovales, quien entró al campamento para asesinarme, en lo que oyó la tiramentazón, entró a saco con su tropa echando plomo por todas partes. En medio de la algarabía se espantaron los caballos y me encontré de pronto en medio de la sabana sin saber para dónde coger porque estaba muy oscuro. Mis hombres de a caballo pasaban a mi lado y no me hacían caso, por más que yo les dijera quién era; porque ¿cómo lo iban a saber en medio de tanta oscuridad? En eso pasó el negro Infante. Soltó la risa y me ofreció un caballo que era nada menos que el de Renovales. Así pude salvar la vida.

—Pero ¿cómo le pudo pasar eso, Libertador? ¿Es que acaso no había centinelas?

—¡Claro que los había! Pero es que agarraron preso al sirviente del cura y a fuerza de meterle miedo le sacaron el santo y seña. Por eso Santander se los pidió y le respondieron adecuadamente, dejándolos pasar y señalándoles el sitio donde yo dormía cuando preguntaron por mí; de inmediato dispararon sus pistolas contra la hamaca vacía.

—Santander, Santander —repitió Páez con tono recriminatorio cuando calló El Libertador—. ¿Entonces fue Santander quien dejó pasar a los españoles y les dijo dónde estaba usted?

—En efecto, general Páez. Pero ¿por qué me lo pregunta?

—No, por nada, Libertador —repuso Páez—. Sacaba cuentas, nada más...

IX

Páez despide a Bolívar, que se embarca de retorno hacia Angostura. Al darse vueltas para despedirse del llanero y del negro Infante, que ha decidido quedarse con su jefe, se percata de un vistazo que el ejército que asedia a San Fernando, se ha raleado considerablemente.

—Caramba, general Páez —comenta Bolívar con preocupación—, no me imaginaba que hubiese tenido tantas pérdidas. Le han matado la mitad de la gente...

—¡Ojalá hubiera sido así! —repuso desconcertante el llanero—. Las bajas que usted ve no es por muerte sino por desertión. Llanero no sirve para montarle guardia muy larga ni siquiera a una mujer. Ellos dicen que si se quedan demasiado tiempo en un sitio se les enmohecen las patas, que lo bueno es ir de un lado para otro y entre tanto guerrear, saquear y matar.

—Pero, me supongo que usted hará con los desertores un escarmiento terrible —comentó El Libertador con acento grave—. Lo menos que merece un desertor es ser pasado por las armas...

—¿Para qué, Libertador? —repuso Páez con llana resignación—. En lo que yo vuelva a los campos y ande de un lado para otro vendrán en mi busca, porque eso es lo de ellos. ¿Qué necesidad tengo yo de quitarme amigos por costumbres que nos son extrañas?

Un esbozo de sonrisa con ojos de malignidad se dibujó por primera vez en el rostro de José María Córdoba. Bolívar, sorprendido por la respuesta, tras breve vacilación optó por darle a Páez un abrazo de despedida y abordar la barcaza que por la vía del Apure y del Orinoco debería llevarlo hasta Angostura.

Cuando soltaron las amarras ante un agudo silbido de Páez, cien de sus indolentes soldados que ni se molestaron en presentarle armas al Jefe Supremo de la República Hídrica, montaron en sus caballos, unos desnudos, otros con sus camisolas de muchos colores y formaron apretada fila ante el río. Era la guardia de honor del jefe llanero.

—¡Adiós, Libertador! —gritó Negro Primero que los encabezaba.

—¡Adiós, Libertador! —respondieron los otros a coro, enarbolando sus lanzas de cintas negras como las que llevaban los llaneros de Boves. Sonrió con melancolía El Libertador agitando su mano en señal de despedida.

—De verdad que son extraños los hombres de Boves —dijo a sus espaldas Francisco de Paula Santander.

El Mariscal La Torre, segundo en mando del ejército realista avanza hasta San Fernando de Apure. Vence a Páez y lo desaloja de sus posiciones, obligándole a huir hacia el alto llano. Morillo recibe la noticia con satisfacción. Uno de sus oficiales comenta:

—Bolívar está perdido. Con la derrota de Páez se ha quedado sin llaneros, luego de sacrificar su ejército.

—No lo crea, Coronel —responde con parsimonia El Pacificador. Bolívar en la adversidad es más temible que en la victoria. Se lo digo yo que ya llevo tres años, creyendo mes tras mes, que lo he derrotado.

Bolívar a una jornada de Angostura dicta a sus secretarios el proyecto de ley que habrá de presentarle a la Asamblea Constituyente que habrá de reunirse en la capital de Guayana en febrero del año próximo. Nada en él recuerda a un jefe vencido. Son las cuatro y media de la madrugada. Fiel a su costumbre de eterno madrugador, trabaja a la media hora de haber despertado. Los escribanos se dan prisa en copiar a la luz de un fanal lo que les va diciendo simultáneamente sin necesidad de hacerse repetir las últimas palabras al cambiar de secretario.

—¡Barco a la vista! —grita en la proa el timonel.

¿Quién vendrá por el río a tan tempranas horas? —se pregunta Bolívar— saltando de la hamaca y corriendo hacia la proa. A la luz indecisa del amanecer distingue el bulto de una nave que avanza en dirección contraria. Aunque es improbable que la nave sea realista, cañoneros y soldados se aprestan para el combate.

—Es de los nuestros —afirma José María Córdoba— lleva la bandera tricolor.

—Caray, Córdoba —opina El Libertador con alegre talante— usted como que es familia de gato para ver en la oscuridad.

La barcaza y la nave de Bolívar se aproximan. Ya se distingue el casco. Es una cañonera republicana.

—¡Óiganme los de la cañonera! —alerta Bolívar a los que vienen hacia él—. ¿Quién es el jefe de ustedes?

Una voz juvenil responde:

—Es la cañonera del general Antonio José de Sucre.

Refulgen los ojos del Jefe Supremo, respondiendo a gritos:

—¡No hay tal general Sucre!

Se encoleriza el militar.

—¿Quién es el insolente que niega mis títulos?

—Yo, Simón Bolívar, El Libertador.

Se hace silencio en las barcas que van hacia un encuentro. La voz de Sucre vuelve a saltar, esta vez triste y aplanada:

—Como usted mande, Libertador.

Bolívar sonrío con malevolencia. Le ha dado una lección al orgulloso cumanés y al intrigante de Zea, al que Brión denunció en sus tendenciosas maniobras de hacer generales. El muchacho ha hecho el ridículo. De pronto piensa en sí mismo. De haberle hecho Francisco de Miranda, su primer jefe, una escena así, se hubiese suicidado de vergüenza. Por injurias mucho menores se insurreccionó contra el francés Labatut y le arrebató el mando.

Sucre, a pesar de ser oriental, era un mozo de gran inteligencia, habilidad diplomática y valor a toda prueba. ¿No fue acaso él quien persuadió a Santiago Mariño, su único y más peligroso contendor, de que reconociese su jefatura suprema? Bermúdez, hasta hacía poco que le tomó tirria, lo tenía en gran consideración. ¿Qué necesidad tenía de invalidar a un joven y promisor oficial a causa de las intrigas de un viejo necio?

—El tal Sucre —ordena Bolívar— que se acerque y aborde mi nave.

Tan pronto subió a cubierta, Bolívar luego de saludarlo con un abrazo le dijo en voz alta: —Mire que usted puede ser descuidado, general Sucre. ¿Cómo se le ocurre gritar a voz en cuello su alto rango en medio de estas soledades, donde puede haber españoles espiándonos? Perdóname por haberle negado su investidura, pero no quedaba más remedio.

—Él en cambio —susurró alguien a Córdoba— sí puede gritar a los cuatro vientos que es El Libertador. Mire que este Bolívar sí que tiene vainas. ¿No te parece, Córdoba?

—No —repuso el antioqueño con su laconismo e impassibilidad característica.

—Venga acá, general Sucre y hagamos un aparte —propuso Bolívar— para que me cuente todo cuanto ha pasado en Angostura durante mi ausencia.

—¡Pero qué bueno! —le escucharon todos exclamar, al saber que habían llegado otros setecientos legionarios europeos a los que contrataba en Londres su enviado López Méndez. Luego de comunicarles a su gente el acontecimiento dijo a Sucre, mostrando la más apacible de sus expresiones:

—Óigame bien, Sucre, lo que le voy a decir. El doctor Zea, Vicepresidente del Consejo de Estado y Presidente Interino mientras ande yo fuera de la ciudad, no está autorizado para ascender a nadie y menos al rango de General. Esas son decisiones de mi propia y única incumbencia que no estoy dispuesto a delegar so riesgo de que esto se nos vuelva una merienda de negros. ¿Me entendió?

—Sí, Libertador.

—Dígale entonces a Zea, que sea la última vez, pues de lo contrario le va a pesar. Ahora váyase.

Luego de cuadrarse militarmente, Sucre con el rostro encarnado y sin mirar hacia los lados subió a la cañonera. En el instante antes de partir Bolívar le gritó:

—¡Adiós, Sucre! Cuando llegue a Angostura me ocuparé de sus papeles. ¡Qué Dios lo lleve con bien!

Su arribo a la capital provisional del país fue recibido con gran júbilo por la gente y por la escasa guarnición que a cada instante temía un ataque de los españoles. Unos mil doscientos legionarios: unos con variados y diversos uniformes muy lujosos y de gran gala, se alineaban a continuación de otros trajeados de rojo y muy marciales a los que llamaban “los húsares rojos”. Zea presentó a la oficialidad. Un alto y fornido irlandés de grandes mostachos, afable y rubicundo, lo saluda con respeto y efusión:

—O’Rooke, Excelencia, para servirlos. Me siento orgulloso de combatir a vuestro lado.

—Fergusson —dice sin mayor emoción un joven de aspecto melancólico.

—Hormant —se presenta el que sigue. Tiene la mirada afebrada de los rebeldes de cuna.

Un jovencito con la apariencia de no tener más de diecisiete años y de belleza casi femenina hace visibles esfuerzos para ocultar su infancia tras una expresión adusta. Bolívar lo ve con especial simpatía. Resulta emocionante y alentador que los adolescentes de Europa se identifiquen con su causa. Sin esperar su presentación le pregunta en su mal inglés:

—¿Cómo te llamas, hijo?

—Daniel Florencio O’Leary, Excelencia. Vengo dispuesto a servirlos. El diminuto general Rafael Urdaneta escolta a El Libertador en su

primer contacto con los legionarios británicos. Cuando rompen filas y los rojos y las guacamayas, como apodaban con sorna los venezolanos a los legionarios de trajes multicolores y grandes plumajes, rompen filas dispersándose por las calles de Angostura, Bolívar pregunta a Urdaneta:

—Dígame, General, su opinión sobre la legión británica.

Urdaneta hace un morrillo despectivo, respondiéndole con vehemencia:

—Prefiero diez batallas campales contra los españoles que un paseo militar con ellos.

Salta la risa chocarrera de El Libertador:

—¿Y esa tirria por qué, Urdaneta?

—No son más que unos aventureros que antes de ayudarnos a libertarnos de los españoles han venido a saquearnos. Desde que llegaron no han hecho más que protestar por la comida y por los sueldos atrasados, desprecian a los criollos y le entran a nuestras mujeres como si fueran putas y por si fuera poco, son una cuerda de borrachos que no sirven para nada.

—¿Tan grave es la situación, Urdaneta? —preguntó Bolívar con un tinte de incredulidad.

Esa misma noche se dio una gran recepción en honor de El Libertador en el Palacio de Gobierno. Además de la alta oficialidad venezolana y neogranadina, asistieron los de la legión extranjera a la que se terminó llamando británica, por ser en su mayoría de esa nacionalidad.

Al poco rato de llegar el Jefe Supremo unas risas destempladas procedentes de un grupo perturbaron su faz y se enarcaron sus cejas. No resistía las palabras estridentes. Aunque se hizo un temeroso silencio cuando sus ojos airados recorrieron el salón en busca de los culpables, las mismas risas y en tono más elevado prosiguieron entre gruesas interjecciones del idioma inglés. Siete legionarios británicos en estado de ebriedad se abrazaban y daban traspies en una esquina del patio.

Bolívar verde de indignación y con la mirada homicida avanzó lentamente hacia el grupo de alborotadores. Su paso amenazante al ser advertido por los ebrios, antes de mejorar su compostura exacerbó su hilaridad.

—¡Helio Señor Bolívar! —saludó con voz estrepajosa un gigante con cabeza y rostro de naranja.

—¿One drink, Bolívar? —propuso otro avanzando entre tumbos con una botella.

Urdaneta, Sucre, Santander y los oficiales criollos se acercaron a los borrachos con rostros despiadados y mano en la espada.

—Buenas noches, señores —repuso tan solo Bolívar con tono reticente y dando media vuelta salió a la calle para estupor de la concurrencia. Acompañado de Rafael Urdaneta que esa noche habría de ser el Jefe de su Casa Presidencial se dirigió a su residencia en medio del más absoluto silencio.

—¿No se la había dicho yo? —le dijo Urdaneta tan pronto llegaron a la casa de Cornieles, donde habría de pernoctar aquella noche— que no son más que una cuerda de zarandajos, que nos pueden salir más caros que los mismos españoles.

El Libertador, meditabundo con el pie colgando del brazo de una mecedora, mantenía la negra mirada en el piso. El general marabino sabía cómo todos sus allegados que en aquel momento Bolívar estaba pasando por una de sus crisis de furor. De pronto creyó ser víctima de una alucinación. Escuchó a lo lejos el coro de los legionarios británicos; pero su ansiedad subió al límite de estallido al darse cuenta que avanzaban hacia la casa del Jefe Supremo. Bolívar que también había escuchado se incorporó violento.

—General Urdaneta, recoja inmediatamente la tropa en medio de este patio. Cierre la puerta y dígame a los ingleses y a los venezolanos que yo no estoy. Véngase luego conmigo.

—Es un momento difícil amigo mío, —dijo a Urdaneta tan pronto traspusieron la puerta de una alcoba interior— es cierto que estos borrachos merecen ser recibidos a tiros por nosotros. Pero ¿qué pasará luego? Los británicos bajo ese pretexto nos declararán la guerra y se apoderarán de la ciudad.

—Tiene razón, Libertador —repuso Urdaneta luego de cavilar.

Los ebrios, y en mayor número, cantaban frente a la residencia de El Libertador. Para exasperación de Bolívar y de Urdaneta comenzaron a reclamar a Bolívar en tono de camaradas.

—¡Eh, Mr. Bolívar venga acá para echarse un traguito!

—¡Come here, Libertador!

—Salga usted con la tropa —ordenó Bolívar— y luego de reducirlos al silencio agrégueles que le den gracias a Dios de no haber dormido esta noche en la casa porque si así hubiera sido los habría fusilado.

—Entiendo —contestó Urdaneta— ¿y qué hago si no me hacen caso?

—Haga, entonces, lo único que nos queda hacer, disparen contra ellos hasta que no quede ni uno solo para contar el cuento.

Para estupor de los legionarios veinte soldados de uniforme y morrión de largos fusiles, calada la bayoneta, salieron por el portón de la gran casa de Cornieles con la mirada asesina y el gatillo alegre. No fue necesario que Urdaneta les repitiera la estratagema de El Libertador. Dejaron de reír y cantar. Se cuadraron erectos y muy derechos y en silencio, como se los ordenó Urdaneta marcharon hacia los cuarteles.

A la mañana siguiente, luego de Bolívar hablar con O'Rooke y los otros dos oficiales que constituían el alto mando, los ebrios de la noche anterior fueron reducidos a prisión y expulsados del territorio nacional. En lo sucesivo británicos o alemanes se cuidaron bien de no excitar jamás la cólera de Bolívar, aunque continuasen emborrachándose y yéndose a las manos entre ellos y con los venezolanos.

X

Con el agua hasta la cintura avanza el ejército libertador, horas tras horas, días tras días por las tierras bajas de Apure y de Casanare. Las armas y la pólvora flotan en balsas de cuero para preservarlas de la humedad. Se propone realizar la idea que tuvo desde que cruzó el Orinoco por primera vez en 1817: invadir la Nueva Granada, liberarla de los españoles y hacer de ella junto con Venezuela un solo país que ha decidido denominar la Gran Colombia. Su decisión lleva el respaldo del Congreso Constituyente, reunido en febrero de ese año de 1819 en Angostura, aunque delegó en el Congreso su cargo de Jefe Supremo, con el que lo invistieran los jefes venezolanos tres años atrás. La Asamblea, a pesar de su oposición, a la que sus detractores llaman bufa y teatral, lo eligió Presidente Constitucional de la República, no en forma vitalicia como lo quería y planteaba en su proyecto, sino apenas por cuatro años.

El generalísimo Pablo Morillo y el grueso del ejército español se halla acantonado en Cúcuta. Todos los soldados piensan que se desplazan en esa dirección; no sospechan jamás que un proyecto heroico o temerario bulle en la mente de El Libertador: cruzará Los Andes, tal como lo hizo San Martín, por el paso más peligroso, el páramo de Pisba a más de tres mil quinientos metros. Los españoles al otro lado de la cordillera se sienten más que seguros por aquella sierra eternamente nevada en medio del ecuador. Las abras montañosas donde humanamente se puede transitar son pocos y con suficiente dotación militar como para detener a Bolívar hasta tanto lleguen los refuerzos. El coronel Barreiro, quien los manda, ha cometido el error de dispersar sus hombres en un largo trecho. Lo que Barreiro jamás podrá imaginarse es que Bolívar pretende

caer sobre él a través de un pasaje inverosímil. Páez se ha negado a trepar la cordillera para liberar a los reinosos, como llama a los habitantes del Nuevo Reino de Granada. No siente la menor simpatía por su gente y no está dispuesto a sacrificar a su ejército por una causa que no es la suya. Él seguirá hasta Cúcuta a través de los españoles, crédulos de que Bolívar avanza hasta la ciudad neogranadina para enfrentar al generalísimo Morillo. En auxilio de El Libertador cede un batallón de lanceros, entre los que se hallan Rondón y Leonardo Infante.

Al llegar a Casanare los dos ejércitos se dividen. Páez sigue hacia el norte y Bolívar se va tras la montaña. Al pie de monte lo espera Francisco de Paula Santander con doscientos compatriotas suyos. Si los llaneros venezolanos son insuperables en la guerra a caballo, los de Casanare se les equiparan con su infantería. Comienza el ascenso. Santander va a la vanguardia abriéndose paso entre los nevados riscos. Tres mil hombres acompañan a El Libertador, a través del brumoso y helado páramo. “Así como el General Invierno derrotó a Napoleón —comenta Bolívar a sus oficiales— la nieve paramera mete sus dentelladas en los cuerpos semidesnudos de los hombres de las tierras bajas”. El soroche, o mal de páramo, que hace mullidos y mortales colchones de la tierra helada. A muchos hay que azotarlos hasta la flagelación para que abandonen aquel sueño de muerte. Muchos se niegan y se quedan para siempre yertos en aquellas tierras heladas. Otros se despeñan con sus caballos por los precipicios. El frío de la montaña cobra más víctimas que las fiebres de los pantanos y las balas del enemigo. Bolívar no desmaya ante la adversidad. En tono conmisericordioso, heroico o imperativo apuntala con palabras y amenazas la marcha hacia el otro lado. Al llegar a la cumbre el sufrimiento y la muerte alcanzan su paroxismo. Al fin aparecen las verdes praderas de Cundinamarca. Ya sabe que le ha ganado la gran batalla a la desertión. Al mirar hacia la llanura de donde vienen reconocen cada risco, cada paso sombrío, que la altura y la distancia minimizan, en su justa dimensión. Pero todos

recuerdan. Antes la muerte y lo que sea, que volver sobre sus pasos. Ahora tan solo queda vencer o morir. Antes de iniciar el descenso Bolívar saca cuentas: de los tres mil hombres con los que inició el ascenso, han muerto mil ochocientos. Con los mil doscientos que quedan y los patriotas neogranadinos, que habrán de sumárseles tan pronto lleguen abajo; tiene gente más que suficiente como para echar de la Nueva Granada al Virrey Sámano y a todo el ejército español. Mucha agua ha corrido desde que perdió a Puerto Cabello siete años atrás. “¿Quién me hubiese dicho que luego de ser víctima de aquella traición y de semejante pérdida, donde estuve a punto de quitarme la vida con mi propia mano, me encontrase en la cumbre de Los Andes, tal como lo hizo San Martín y Napoleón, cuando en un acto de audacia cruzo Los Alpes?”. Al calor de una hoguera se deja arrastrar por el recuerdo.

Puerto Cabello, además de presidio, era el arsenal de la República. Era apacible, sin duda; pero por eso mismo, inmensamente aburrido. Nunca sucedía nada, ni habría de suceder. La disposición de la fortaleza la hacía inexpugnable. Bolívar se aburría entre aquellas marismas putrefactas y llenas de fiebres que rodeaban al castillo. Su única diversión era ir de vez en cuando a la ciudad y darse gustos con las alegres mulatas de la cercanía. Entre los presos había un viejo sargento gaditano, de nombre Domingo Guzmán, al que conoció de muchacho cuando iba a su casa solicitando limosnas para un Niño Jesús que llevaba de un sitio a otro en una urnilla de cristal. Era un viejo charlatán y con gracia andaluza, que terminó casándose con María La Tinososa, una catirruana robusta que hacía arepitas en el mercado. A Bolívar le gustaban sus dimes, chistes y diretes, cuando a su paso por los calabozos de arriba, a los que hizo trasladar a Guzmán como recuerdo al mundo amable en que se conocieron, lo detenía por un buen rato para referirle sus cuitas.

—¡Eh, coronel Bolívar! —le decía en aquella ocasión— ¿qué hace Su Excelencia, siendo un avezado y valiente militar, cuidando presos en vez

de estar peleando y al mando del ejército republicano, que con ese jefe que mientan Miranda, no le veo el buen destino?

Guzmán le tenía particular saña al Generalísimo y aunque a Bolívar lo complacían en el fondo las críticas contra su jefe, a quien detestaba por haberlo relegado a una fortaleza, hacía aspavientos de protesta cada vez que el viejo Guzmán lo hacía víctima de sus invectivas. Como además de santero, Guzmán era ducho en yerbatería y ensalmos, Bolívar lo hacía llamar frecuentemente, más para aliviarle el cautiverio a Guzmán y disfrutar de su charla chisposa, que por necesidad de sus habilidades médicas.

—Hay un favor muy grande que quiero pedirle, mi coronel —le dijo Guzmán una tarde—. El que esté muy pendiente de mi hijo Antonio Leocadio, quien ya anda por los doce años.

—Es mucha la pena que me da el caso de este viejo Guzmán —dijo a su lado Francisco Vinoni, segundo de Bolívar e italiano de nación. Al igual que muchos extranjeros y hasta españoles había abrazado, desde el primer momento, la causa de la República.

—¿Y eso por qué? —le preguntó Bolívar, más por decir algo que por saber la causa de su compasión.

—Este pobre hombre, al igual que muchos canarios y españoles que están presos en los calabozos de abajo no tienen idea de lo que es la República y el Rey. Así como a algunos los tomó la guerra por sorpresa en territorio republicano haciéndose insurgentes para evitar mayores males, otro tanto les ha sucedido a los que estaban en Coro o en Maracaibo, realistas desde el primer instante.

—Tienes razón Vinoni —repuso Bolívar— tan pronto hayamos terminado con este aventurero con suerte de Monteverde, todos serán perdonados.

Vinoni le produjo desde el primer momento una buena impresión y una progresiva amistad en la medida que pasaban los días. En la soledad

y el silencio de la noche era su mejor compañero, a pesar de que Bolívar, fiel a su costumbre, se metía en cama a las diez de la noche. Vinoni refería una historia de orfandad, de guerras napoleónicas, de amores contrariados. “Algo habré de hacer por el pobre Vinoni, cuando recupere mi cuota de poder”, se dijo más de una vez, luego de escuchar las quejas de su amigo y confidente.

Aquel día era el matrimonio de Aymerich, Comandante de la Plaza de Puerto Cabello.

—Voy a ir un momento al matrimonio —dijo a Vinoni—. Te quedas encargado del castillo mientras voy y vuelvo.

—Vete tranquilo —repuso el italiano— que yo me encargaré de todo.

Rumbosa estaba la fiesta cuando tronaron los cañones de la fortaleza. Bolívar fue el primero en salir a la calle. No pudo creer lo que veía: la bandera tricolor había sido arriada. La sustituía la del Rey.

Vinoni en connivencia con Domingo Guzmán, su protegido, aprovechándose de su ausencia liberaron a los mil prisioneros españoles, a los que armaron con el arsenal de la República. Por su causa los armamentos no llegaron al Generalísimo y por ello feneció la Independencia. Varias veces a lo largo de estos años le acudía el recuerdo de Vinoni y el corazón se le constreñía del más profundo rencor. También supo que el viejo Guzmán, siempre con su chistorrería a punto, hizo de los prisioneros patriotas que sustituyeron a los realistas, víctimas de una cruel lotería. Todas las noches se rifaban los nombres de los patriotas que serían fusilados al amanecer. Lo más lóbrego era que Guzmán ponía a su propio hijo Antonio Leocadio, de doce años de edad, a que sacase de la urna lúdica la tarjeta con el nombre del prisionero que habría de ser ejecutado. “De agarrarlo yo alguna vez —solía decirse— ya verá lo que es bueno”. “Pero lo pasado, pasado está” —también se respondía— cuando en medio de los sufrimientos o satisfacciones del presente, le volvía el mal recuerdo de Vinoni y Guzmán, de Guzmán y Vinoni.

Hubo fuego y escaramuzas en el descenso al altiplano. En una de ellas pereció O'Rooke el simpático irlandés que dio su vida por Venezuela. Los neogranadinos de Santander se batieron con bravura, como lo hicieron la legión británica y los llaneros de Páez, y en particular Rondón y Leonardo Infante. Anzoátegui y su segundo en mando, José María Córdoba, lucharon denodadamente con inteligencia y coraje. Barreiro, el jefe español, les presentó batalla en el puente de Boyacá, en las inmediaciones de Bogotá. Luego de dos horas de intenso tiroteo y de una veintena de muertos se rindieron los españoles y el virrey Sámano huyó de Bogotá disfrazado de indio.

Bolívar con hidalguía hace su reconocimiento a Barreiro, el joven oficial español, que ha luchado con bizarría. Luego de presentarle sus respetos, recorre el cuadro de sus oficiales. De pronto empalidece y se detiene. Tres cuerpos más allá la presencia de un rostro lo enciende y detiene. Es Francisco Vinoni, el traidor de Puerto Cabello. Sin fórmula de juicio lo hizo colgar de un árbol que caía sobre el camino que iba hacia la capital.

XI

El 10 de agosto de 1819, Bolívar entra triunfante en Santa Fe de Bogotá, capital del Virreinato de la Nueva Granada. Ha cumplido las tres máximas de Napoleón: destruir al ejército enemigo, ocupar su capital y apoderarse del país. La Nueva Granada, a diferencia de Venezuela, que ha visto mermar en una cuarta parte su población y destruir su riqueza, es poco lo que ha sufrido con la reconquista española. Pablo Morillo cebó su retaliación en quinientos notables que intelectualmente conducían la revolución. Destruídos los cabecillas, el resto de los neogranadinos no opuso resistencia. En Venezuela, cada cien millas había un caudillo que se oponía con fiereza al español, sin parar mientes en lo que le sucedía a sus colegas. Si en el llano estaba Páez, en oriente pugnaban Piar, Mariño y Bermúdez, además de Zaraza y Cedeño.

—El gran mérito de Bolívar —como le decía Urdaneta al coronel caraqueño Ambrosio Plaza— era habernos unificado bajo un comando único. De no haber sido así, ya estaríamos pelados. Casi un cuarto de millón de venezolanos fue el precio de nuestra desunión.

“No podemos negar que los venezolanos somos una vaina muy seria”, prosiguió Urdaneta, haciendo mofa de la escasa combatividad de los neogranadinos. Ambrosio Plaza, joven mantuano caraqueño, preguntó con reticencia al marabino:

—¿Rafael, tú como que estás llamando cobardes a los reinosos?

—No tanto como eso —repuso Urdaneta—, pero la verdad es, y eso no lo digo yo sino el propio Libertador, que los jefes de por aquí no pueden compararse ni por un instante con los del lado de allá.

—Es que ellos son chibchas —contestó Plaza— y nosotros caribes.

Ellos, al igual que mayas, aztecas e incas dependían de la voluntad de su rey o de unos pocos reyes; depuestos estos, el pueblo se sometía al conquistador. En Venezuela, al igual que ahora, nadie le hacía caso a nadie. Como si fuera poco en nuestro país, lo que no sucedió en Castilla, se desarrolló el feudalismo y además como siempre fuimos una sociedad costeña y por consiguiente constantemente amenazada por piratas, ingleses y holandeses, por trescientos años no hicimos más que pelear y aprender a defendernos, lo que no le pasaba a esta gente, aquí en su altiplano y a mil leguas del mar.

—Yo no creo en esas vainas —ripostó Urdaneta malhumorado—. De que tienen la sangre aguá pa' la pelea, la tienen; así como hablan bonito, como no hay nadie.

—Santander, sin embargo, se portó muy bien con la infantería; al igual que ese muchacho José María Córdoba.

—De Córdoba no tengo nada que objetarte. Ese muchacho es valiente al igual que cualquiera de nosotros. De Santander, solo puedo decirte que es la primera vez, y eso porque estaba entrando a su casa, que se fajó como los buenos. A mí no me gusta ese carajo.

—Ten cuidado, Urdaneta, porque Bolívar lo tiene en un pedestal. Es un hombre faculto y organizado...

A mí lo que me parece es uno de esos jinetes de escritorio, que como el viejo Zea creen que se hace patria con pluma y tintero. Y no hablemos de lo adulante que es el gran carrizo, además de tenernos ojeriza a todos los venezolanos. En una sola cosa estoy de acuerdo con Páez: esto de estar libertando reinosos con nuestras armas, en vez de conquistarlos para Venezuela, es criar cuervos para que nos dejen ciegos.

—Estás exagerando, Urdaneta, por Dios —repuso apaciguador el joven.

—¿Exagerando? Ya verás cuando pase el tiempo, cómo El Libertador está pelado si piensa que puede unirnos bajo una misma bandera a venezolanos y neogranadinos.

El Libertador fue recibido con júbilo y regocijo por la población de Bogotá y por sus autoridades. Un viejo enlevitado con aires de maestralesa pretendió endilgarle un discurso a su entrada en la ciudad, pero El Libertador, que estaba cansado y “era más malcriado que el carrizo” —como le observó el negro Infante a Rondón—, lo paró en seco y lo mandó para el cipote.

Santander, que cabalgaba a su lado, se mostró serio ante lo sucedido. Sabía que Bolívar acababa de hacer un enemigo mortalmente peligroso. El viejo Azuero era un intelectual de fuste, con gran ascendiente sobre los bogotanos. Santander calló. No era el momento, tampoco, de importunarle, ebrio de gozo por los aplausos y por los vivas de la muchedumbre.

En las proximidades de la Plaza Mayor, veinte jovencitas vestidas de blanco lo obligaron a subir a una carroza a la que uncieron y tiraron por las calles en medio de las campanas de gloria y el júbilo de los cohetes. El Libertador no pudo reprimir una evocación: Caracas, 1813. Campaña Admirable. También había un carro del que tiraban doce vestales. Fue el año en que le concedieron el título de El Libertador. Entre las vestales había una morenita de talle espigado y ojos relucientes. Era Pepita Machado, la novia-mujer a la que conoció de niña. Ese mismo día la hizo suya y lo siguió siendo en todos estos años. Ya son más de tres los que tiene sin verla. Ella en San Thomas y él por todos los caminos de Venezuela echándola de menos mientras combate a los enemigos de adentro y de afuera. A su hermana María Antonia no le gustaba. No era de los Amos del Valle, sino hija de un comerciante canario de dudosa estirpe, que hizo fortuna en pocos años. Pero él no le hizo caso ni a Hipólita, que a pesar de ser negra como la pez tenía respingos de mantuana. Las chicas bogotanas que arrastraban su carro eran rubias de largas cabelleras. Tan pronto se detuvieron frente al palacio del Virrey, se dieron vuelta mostrando sus caras. Todas eran bellas y de semblantes alegres, pero hubo una en particular que fijó su atención arrancándole un sacudimiento. Era alta, fuerte y decidida la mirada azul,

que decía por ella. Bolívar, luego de seis años en que conoció a Pepita y a innumerables mujeres sintió un sacudón al contemplarla.

—Se llama Bernardina Ibáñez —se apresuró a informarle Santander— y es de lo mejor de Bogotá.

Se sintió dichoso al sentarse en el trono del virrey Sámano. De inmediato estallaron aplausos y vivas en todo el salón. El frío de Bogotá se caldeó por el hacinamiento y el entusiasmo.

Esa noche al acostarse no solo pensó en su gloria. En sus sueños de niño de repetir la hazaña de uno de sus antepasados que acompañó a Federman, el alemán, al altiplano de Cundinamarca en el momento mismo en que se fundaba Santa Fe de Bogotá; entre sus sueños de rey y virrey, de armiño y corona, de ser y no ser Napoleón, se asomó la chica de ojos grandes y nariz perfilada que con la mirada simplemente le decía: “Vente conmigo, Simón”.

Bernardina, como Pepita, amaba en los hombres más la gloria que el físico; más el poder que la bondad; más el coraje y la audacia que el lenguaje terso del corazón. Por eso cejó ante el primer reclamo de Bolívar, tal como lo hizo Pepita cuando entró a Caracas con el título de El Libertador. Pero a diferencia de la caraqueña a la que ascendió al llevarla a su lecho, Bernardina descendió al igual que Josefina cuando accedió a ser la amante de Napoleón para ceñir un día la diadema imperial. Bernardina no se equivocaba. Bolívar sería dueño del mundo. No mentía el día en que escandalizó a los congresantes de Angostura cuando, en medio de un banquete, se trepó a la mesa y riendo la recorre con sus botas haciendo añicos platos y cristalería, dijo a los presentes: “Así se puede ir desde Panamá hasta el Cabo de Hornos...”. Aquel Bolívar, que a muchos parecía haber colmado el vaso de la fortuna, era para Bernardina un presagio apenas de lo que estaba por venir. Pero como toda mujer tomada por la codicia, Bernardina a pesar de sus encantos se había quedado sin lujuria y Bolívar, como lo dijo un poeta ramplón, “era hijo de

Marte y de la Venus esteatopígica”. Pasado el fogaje de la primera semana y de desenvolver ante los ojos expectantes de Bernardina sus planes para el futuro, comenzó a preferir como añoso marido la compañía de sus soldados y generales y también a callar sus impulsos jactanciosos de muchacho enamorado. Si Bernardina tenía hermosos los ojos, por sus pupilas se asomaban sus más recónditos pensamientos. Y Bolívar luego de tantos años de desengaños y sinsabores había aprendido a leer los vertederos del alma. Cuando la chica le habló mal de Santander, encomiando al viejo Azuero de cuya importancia y rencor terminó por enterarse, sintió el dulce aburrimiento que precede al hastío. Ya su fuego de cuarto de zambo caraqueño —como a sus espaldas se mofaba la buena sociedad bogotana— no era suficiente para encender y calentar aquel cuerpo escultural pero también marmóreo. Un día le comunicó lo que sentía. Trató de no lastimarla al trastocarle sus ilusiones de grandeza. Él no quería ser rey, ni tampoco virrey. ¿Qué dirían los negros como Leonardo Infante, Rondón y tantos otros que en la primera noche de celebración “se fajaron rolo a tolete con los bogotanos”?, como le comentó risueño el primero, para arrebatárles a sus hembras.

—No, Bernardina, esto no puede, ni debe seguir. Es por tu bien. Yo soy un hombre de campamento. Tengo por delante mucho que hacer. Yo no vine a Bogotá para apoltronarme en el sillón del virrey Sámano. Eres joven. Eres bella. No has perdido nada por estar conmigo. Los reyes honran. En la Edad Media y en nuestros días es un gran honor que el monarca haga uso de su derecho a pernada. Hay cientos de oficiales jóvenes, buenos mozos y de buena familia que se sentirían dichosos de desposarte. Ahí tienes a Ambrosio Plaza, mi pariente, se desvive por ti. Hay que ver cómo le titilan los ojos cuando pasas a su lado. A ti tampoco te es indiferente. Yo también lo sé. Ambrosio tiene un gran porvenir. Al reconquistar Caracas lo haré Intendente de Venezuela, que vendrá a ser lo mismo que Virrey o Capitán General del inmenso imperio que

pienso formar teniendo a Los Andes como espinazo. No llores, mi vida. No me gusta verte sufrir.

—Como tú digas, Simón. He terminado por comprender mi triste ilusión de luciérnaga que se quema en la vela.

—¿Y quién te dijo esa zoquetada? —exclamó Bolívar entre su risa estridente—. Seguro que fue el viejo Azuero, que como orador me parece malo y como poeta, pésimo. ¿Me perdonarás, mi vida?

—Sí, Simón —repuso Bernardina mintiendo con descaro—, no tengo nada que perdonarte; no soy nadie, para oponerme a tu derecho a la gloria. Tienes razón, habré de casarme con Ambrosio Plaza, que es un buen muchacho, como bien lo dices, de amplio y generoso porvenir.

El matrimonio de Bernardina con el general venezolano se celebró con toda pompa apadrinado por El Libertador. Al despedirse, acompañado por Santander, le dijo:

—Menos mal que salí con bien de este trance; fue más peligroso que el paso de Los Andes.

Santander rió con estrépito, celebrando la chuscada del Padre de Colombia y pensó que Bernardina, al igual que el viejo Azuero, tenían el don de guardar incorruptible el odio eterno.

Dos meses apenas duró la estada de Bolívar en Bogotá. Ese día dijo a su Estado Mayor:

—Tenemos que regresar a Venezuela antes de octubre; aún nos quedan muchas cosas que hacer.

Urdaneta, Soubllette, Ambrosio Plaza, Leonardo Infante y Rondón lo miran inquisitivos.

—Les tengo una noticia. Voy a dejar a Francisco de Paula Santander como vicepresidente.

Un murmullo desaprobatorio salió del grupo.

—Más compostura, Infante —le ripostó con energía Bolívar—. Esos no son términos para juzgar a un general victorioso, que tan útil ha sido

a la causa de la libertad de nuestro país como el general Santander. El general Santander, además de sus méritos, es natural de la Nueva Granada. ¿Les gustaría a ustedes que yo eligiese como vicepresidente a un neogranadino para que mandase en Caracas?

—¡Claro que no! —repuso de inmediato Soubllette, que era el único de sus generales a quien permitía el sarcasmo—. Como no nos gusta que el Vicepresidente de Venezuela en Angostura sea otro neogranadino como el Dr. Zea y no un venezolano.

—Eso es por los momentos —repuso El Libertador al darse cuenta de la mala respuesta—. Mientras no había sido conquistada la Nueva Granada era conveniente dejar al frente de la vicepresidencia a un natural del Nuevo Reino para recabar el auxilio y la connivencia de su gente. Por eso Zea está en ese sitio.

—Yo quisiera saber —preguntó a su vez Plaza con un dejo de altanería— ¿cuál de las ciudades será la capital de la Gran Colombia: Caracas o Bogotá?

—Ya eso se previó en el Congreso de Angostura. Se elegirá de mutuo y común acuerdo una ciudad fronteriza, que bien pudiera ser Cúcuta.

—¿Y por qué no Maracaibo? —intervino Urdaneta—. Tan fronteriza es la una como la otra.

—Posiblemente —repuso Bolívar— se hará como en los Estados Unidos al fundar una nueva ciudad, como Washington, para que sea la capital de la Unión.

—Ojalá todo sea así, como tú cuentas —repuso Soubllette, olvidándose de que en actos públicos Bolívar detestaba el tuteo—, porque por ahí andan diciendo los neogranadinos que Bogotá será la capital del Imperio, por ser cabeza de virreinato, por ser más antigua que Caracas y por estar a mitad del camino de Quito a Paria.

—Pues son esas muy buenas intenciones para hacerla capital, general Soubllette —contestó El Libertador fulgurantes los ojos de odio.

—Pues yo no creo, Simón —contestó el caraqueño con doble reto— que en un imperio construido con sangre venezolana, vayan a permitir tus compatriotas que te lleves la capital para Bogotá.

—¿Y qué hay con eso? —saltó Bolívar engallándose—, ¿qué pasó con los cumaneses y los barineses que hasta 1777 eran provincias autónomas cuando Carlos III las unió a la égida de Caracas bajo el nombre de Gran Capitanía General de Venezuela? ¿Se resintieron acaso por eso? ¿Se han rebelado contra el dominio de Caracas?

—Pero, Simón —se atrevió a insistir Soublette—, pareciera que estuvieras hablando con los de la Legión Británica y no con nosotros. ¿De dónde viene la rebelión de Mariño, Piar y Bermúdez contra tu autoridad? ¿No es acaso porque no aceptan a Caracas como capital y quieren ser independientes? ¿Cuál es el problema de Páez, que obedece sin comprometerse? Páez es Barinas independiente. Aparte —prosiguió Soublette—, que si Bogotá es capital de virreinato, Caracas con sus cuarenta mil habitantes duplica la población de Bogotá y es mucho más importante.

—Eso era antes de la guerra, general Soublette. Ya Caracas no es Caracas.

El Libertador a caballo, rodeado de todos sus oficiales, con excepción de Ambrosio Plaza y Leonardo Infante que han de quedarse en Bogotá, se dispone con todo su ejército a regresar a Venezuela. Aunque todo el mundo está enterado de que Santander gobernará en su nombre, solo en el momento de partir dice a los colombianos:

—El deber me obliga a ausentarme a Venezuela para consolidar la paz definitiva. Pero en mi ausencia os dejo a este gran hombre —agrega señalando a Santander—, que es el segundo Bolívar.

El improntus presuntuoso saca aplausos, gritos y vítores a la muchedumbre. Tan solo el negro Infante encoge el morrillo, exclamando sin temor a que lo escuchen:

—No jose, ahora sí es verdad que se perdieron esos quinchonchos.

XII

El general margariteño Juan Bautista Arismendi cabalga lentamente hacia Angostura seguido por su pequeño e improvisado ejército. El mes de diciembre atempera a veces el tórrido calor orinoqueño. El militar de recio aspecto y terribles decisiones lleva en su boca, como siempre, un tabaco guácharo apagado, del que no se desprende sino cuando come y eso entre plato y plato o entre bocado y bocado.

Pocos días después de la marcha de El Libertador hacia la Nueva Granada, llegó preso a Angostura por orden de Rafael Urdaneta, al oponerse a que quinientos margariteños fuesen reclutados para el ejército del Este. Si Arismendi era terco y empeinado, Urdaneta lo excedía en audacia y poder de mando. No obstante ser el margariteño, dueño y señor de la isla, temido y venerado por sus habitantes, Urdaneta sin más poder que el mandato de El Libertador y su propio arrojo, se enfrentó al caudillo y lo desposeyó del poder. Por varios meses, Arismendi fue prisionero en Angostura hasta que los avances del jefe realista Calzada sobre la capital provisional de la República sembraron el desconcierto y el terror en la ciudad. El vicepresidente Zea, a pesar de representar a Bolívar, jamás le había visto la cara al enemigo y la guarnición de unos mil hombres estaba constituida en buena parte por inválidos de la guerra. Santiago Mariño, reconciliado con El Libertador y militar de prestigio, siguiendo su natural inclinación a la desobediencia y elegido jefe militar de la ciudad, además de congresante, le había abandonado en una incursión no consultada, dejando a los republicanos sin ejército y sin jefe. El terror imperaba en la ciudad. Zea no hallaba qué decisión tomar. Los congresantes que desde el comienzo condenaron el plan constitucional de El Libertador

lo culpabilizaron de la trágica situación en que se encontraban por haberla dejado desguarnecida. Zea, como su representante, tenía que sufrir a diario las invectivas de políticos, comerciantes y civiles. Alguien tuvo la ocurrencia: el general Arismendi, preso en la fortaleza, era el hombre providencial. Debería salir de la cárcel y encargarse de la vicepresidencia y también de la defensa de la ciudad. Zea aceptó renunciar. Arismendi apenas salió a la calle, dictó la ley marcial, poniendo en movimiento toda reserva humana capaz de empuñar un arma.

El enemigo fue batido. Cesó el terror que pesaba sobre los angostureños. Y el General volvía satisfecho a la sede de su presidencia temporal. Poco antes de marcharse denigró de Bolívar. Luego de su victoria el camino al poder supremo estaba expedito. Se decía que Bolívar había muerto en el paso de Los Andes y también que había caído prisionero de los españoles.

Al llegar a la orilla derecha del Orinoco repicaron alegres las campanas de Angostura al otro lado del río. Sonrió satisfecho el General. El pueblo, su pueblo, lo recibía como un caudillo victorioso. Luego sonaron uno tras otro los veintiún cañonazos con que se saluda al Jefe de Estado.

—Bien, pero muy bien —señaló a sus edecanes.

—Están alegres por su llegada, mi General —afirmó uno de sus lugartenientes.

—La cosa está lista —agregó otro con inflexiones lisonjeras—. Si no le pone ahora la mano al coroto, no sé para cuándo lo va a dejar.

Arismendi guardó silencio sobre sus ambiciones. Para facilitar la situación encomendó a su ejército que fueran pasando al otro lado del río. Él llegaría de último con alguno de sus fieles. Pasaron, sin embargo, una y también dos horas desde que se embarcara el último destacamento.

—No me explico qué pasa —dijo nervioso a su séquito—. ¿Por qué se tardan tanto? ¿Qué esperan para venirme a buscar?

—La verdad es que no lo entiendo, mi General —asintió otro de sus validos—, pero, espérese, allá viene una barca grande y el que viene parece que es Chuíto.

Chuíto trajo la noticia de tanto festejo y celebración. La recepción no era para Arismendi sino para el general Simón Bolívar, El Libertador, quien había entrado en la mañana triunfante en Angostura luego de vencer a los españoles y apoderarse de la Nueva Granada.

—¡Hijo er diablo! —solo pudo exclamar el margariteño y con rostro esquinado y su tabaco en la boca se resignó temeroso a cruzar el Orinoco.

Tan pronto El Libertador terminó de hablar al pueblo y al Gobierno y de explicarles la nota y magnitud de sus éxitos, dirigió una mirada a Brión, Sucre y otros oficiales que le rodeaban. A pesar de que el momento era propicio al júbilo y la alegría, percibió en sus hombres, y en especial en Brión, ese envaramiento cejijunto de los que portan malas noticias.

—¿Qué pasa, Brión, por qué tiene usted esa cara? —le preguntó en voz baja al Almirante, cuando se dirigía hacia su alojamiento—. ¿Es que acaso me oculta algo malo?

—Sí y no, Libertador, —repuso el curazoleño—, si por una parte se va a alegrar mucho con la nueva, ella también arrastra algo de sufrimiento.

—No entiendo —comentó enriscado.

—Está entre nosotros la Señorita Pepita Machado.

—¡Pepita! —exclamó El Libertador a grito herido—. ¿Pero cuándo llegó? ¿Cómo fue eso?

—La traje yo mismo de San Thomas, hace menos de un mes, cuando fui en busca de mil legionarios británicos.

—¿Y cómo está ella?

—Mal, Libertador —repuso Brión entrecortado—, tiene mucha fiebre y tose mucho. La pobre se ha adelgazado que es una barbaridad. Está en el hueso.

Bolívar no aguardó más comentarios. Clavó las espuelas en su bestia y a galope tendido corrió hacia la residencia.

De la bella morena quedaban tan solo sus ojos. Cuando la vio adormilada en la cama, por un instante la creyó muerta. Tal era su perfil y el color amarillento de su piel.

—¡Pepita! —clamó, echándose sobre la cama con desesperación, alegría y tristeza.

Ella abrió los ojos y se incorporó para abrazarlo. Los dos amantes lloraban entre caricias y besos. La escena era tan confusa y dolorosa que el almirante Brión ordenó a las matronas que la acompañaban que se esfumaran. Él mismo cerró la puerta e hizo de centinela por tres horas ante la puerta. Cuando al fin salió Bolívar de la habitación, había envejecido diez años. El fulgor de sus ojos había desaparecido; las arrugas que cruzaban su cara eran más largas y profundas; sus movimientos, lentos y pesados; no obstante el deseo satisfecho que hizo gemir la cama para calmar su pena, traía puesto el mismo uniforme de campaña. Con su formalismo habitual ordenó que llamasen a las tías de su amada, compañeras inseparables de la “niña Pepita”, para prevenir las murmuraciones. Luego dijo impersonal para que lo escuchasen todos:

—Debo quitarme este uniforme que cargo encima desde hace dos días. Antes me voy a dar un buen baño.

Fue un médico alemán, de apellido Siegart, quien hizo el diagnóstico:

—La señorita Machado, padece de tuberculosis. Me temo, Libertador, que su mal está avanzado.

—¿Tuberculosis? —exclamó incrédulo—. Mi madre murió de tuberculosis...

—El clima de Angostura —prosiguió el médico— ha agravado su mal. No hay nada peor que el calor húmedo para esta enfermedad.

—¡Bogotá! —le brotó de la boca como una respuesta o una ocurrencia—.

¿Cree usted, doctor, que llevármela a un clima frío, como el de Bogotá, le haría bien?

—Meses atrás, quizás —repuso, profesional, el aludido—. Ahora, no sé. No es bueno para su estado una travesía tan larga y tan dificultosa.

—¿Y qué sucederá de quedarse en Angostura?

El médico no respondió ante la pregunta del hombre que más admiraba en su tiempo y que por amor a su grandeza vino en su búsqueda desde Hamburgo. Lo miró tan solo a sus ojos, hasta saltársele las lágrimas.

—Entiendo, doctor —le dijo compasivo al germano, tomándolo con afecto por el hombro—. Tenga fe en Dios —agregó a pesar de su agnosticismo— y también en mí. Si abatí al poder español y al paso de Los Andes, también habré de derrotar a esta terrible enfermedad. ¡Almirante Brión! —gritó de pronto, cambiando de tono y de mirada— dígame al doctor Zea, Vicepresidente de la República, que convoque para el 14 de diciembre, hoy estamos a 11, para el Congreso Constituyente. He de informarle al igual que al país los resultados de mi campaña.

—Como usted lo ordene, Libertador —repuso humilde el jefe de la Armada.

—Y que se tomen las medidas pertinentes para mi partida el 24 de diciembre en la noche. Regreso a Bogotá.

—¿A Bogotá? —comentó incrédulo Brión.

Bolívar, desposeído del abatimiento que minutos antes lo embargaba, repuso violento:

—Sí, a Bogotá ¿y qué hay con eso?

—Nada, nada, Libertador —repuso el Almirante, alejándose hacia la calle mientras murmuraba.

—Ya sabía yo que la mala suerte volvería sobre nosotros cuando la niña Pepita se uniera al Libertador —Brión no le perdonaba a la caraqueña el terrible fracaso de Los Cayos—. En sus faldas se murieron mil hombres,

veinte cañones y dos mil fusiles —comentó al legionario Hormat que lo acompañaba—. Y cuídese, amigo mío, de no caer en su lengua. No existe en toda Venezuela una mujer más intrigante y politiquera que la morenita esa por la que se vuelve loco El Libertador. Y si no le hiciera caso, pase; pero la niña Pepita tiene más ascendiente sobre Bolívar que todos los sabios que lo rodean. Quien le cae mal se precipita en el olvido, sean cuales fuesen sus méritos. Por su causa El Libertador ha perdido valiosos colaboradores; de la misma forma que ha encumbrado a sus amigos y parientes. Esa mujercita, ahí donde usted la ve, puede ser la causa del fracaso de Bolívar y por consiguiente del esfuerzo de todos nosotros.

—El ejército, sin embargo, parece quererla —contestó el legionario, un revolucionario puro que no permitía la menor vacilación a sus compañeros de doctrina—. Cada vez que sale a la calle los soldados vivaquean su nombre. Y cuentan los legionarios que viajaron con ella, como usted mismo habrá constatado, que cuando se sentía bien, cantaba y tocaba la guitarra para la tropa.

—Ni canto ni guitarra son virtudes para meterse en política y menos en el papel de consejera.

—Eso es muy cierto —contestó el francés, haciendo una mueca interrogativa.

En los cinco días que mediaron hasta el Congreso, Bolívar apenas salía de su residencia, dividiendo el tiempo entre atender a Pepita y a los asuntos del Ejecutivo, aunque su amante permaneciese a su lado cuando dictaba a sus secretarios o recibía a importantes personajes en audiencia. Mr. Irving, representante del Congreso norteamericano, hombre de mal carácter y escaso talento, no vaciló en comentar luego de ser recibido por El Libertador y Pepita en cinco breves minutos:

—Ya me olía que Bolívar no es más que un rey disfrazado de Presidente; lo que ignoraba es que Venezuela tuviese reina que compartiese con el monarca la responsabilidad del trono.

Pepita, como lo dijo Brión, intervino activa y eficazmente en el ascenso y descenso de los colaboradores de Bolívar. Así como supo recomendar al joven general Antonio José de Sucre para mejores destinos, cegó la carrera política del doctor Zea al mostrarle a Bolívar que no era más que un timorato a pesar de su sapiencia. Como El Libertador necesitaba un agente diplomático en Europa para solicitar un empréstito, Pepita le observó que el depuesto Vicepresidente de la República era el hombre indicado.

La presencia de Bolívar obró milagros en el aspecto y en la enfermedad de su amante. Aunque Brión explicaba su caso como “una alegría de tísico”, la bella caraqueña de otros tiempos se repuso verticalmente de sus quebrantos. Y aunque la fiebre no cesaba de presentarse en las tardes, disminuyó la tos y cesó la postración.

—Ese es el huevo de caimán que tanto me recomendaron —observó una de las tías que la acompañaban, a un grupo de oficiales, que estallaron en carcajadas cuando Soubllette comentó que no era de caimán el huevo que tan bien le sentaba a Pepita.

El Congreso se reunió el 14, como lo ordenó El Libertador. Por unanimidad se aceptó la solicitud de los pueblos de la Nueva Granada de unirse a Venezuela en una sola y gran nación que en honor al descubridor se llamaría Colombia o La Gran Colombia. Las provincias de Quito y Guayaquil, por haber pertenecido al Virreinato de Santa Fe, serían consideradas territorio de la Gran Colombia, aunque todavía estuviesen bajo el dominio español. El país quedaría dividido en tres provincias, Venezuela, Nueva Granada y Ecuador, y tendría tres capitales: Caracas, Bogotá y Quito, hasta tanto el Congreso a reunirse ulteriormente decidiese cuál sería la sede del Gobierno. Bolívar, a pesar de sus negaciones de sainete, como comentaron sus detractores, fue elegido Presidente por unanimidad y el depuesto Zea fue reelegido Vicepresidente. A Arismendi, el usurpador, tendió un manto de clemencia, poniéndolo

a su servicio. Sobre Mariño escribió a Santander: “Yo no sé qué hacer con este hombre”.

Terminó por enviarlo al ejército del Oeste, donde su rival era un desconocido. Bolívar había dejado de ser el guerrero impetuoso para transformarse en maduro estadista. Estaba en el apogeo de su gloria. El ejército español se tambaleaba. Páez se había sometido a su autoridad. Santander regía a la Nueva Granada correctamente. El 17 de diciembre, fecha en que terminó la sesión del Congreso, se consideró un día fáustico. En su exposición afirmó Bolívar: “Colombia tendrá una importancia que Venezuela y Nueva Granada nunca hubieran alcanzado separadas”.

La tarde de Navidad de 1819, como lo había prometido, se embarcó con Pepita y su ejército en la flota del Orinoco. El viaje por río apaciguó su espíritu y encendió el estro de sus anhelos con la caraqueña. Al tercer día de navegación retomó la tos y la fiebre. No hubo pócima, ni medicamento que detuviese la enfermedad de Pepita. La melancolía lo volvió a abatir al ver cómo escapaba la vida de su mujer. Pensó una vez en María Teresa, su primera y única esposa, muerta de fiebre amarilla en Yare, a los ocho meses de haberse casado con ella en Madrid.

“Es que no habrá paz para mí, se lamentaba en la proa mirando fijamente hacia el poniente. Primero fue mi madre, luego María Teresa, ahora Pepita”.

Al llegar a Achaguas, Pepita esputó sangre.

—¡Es el final —clamaron los allegados y la servidumbre—, ha hecho una hemoptisis!

A una expectoración rutilante sucedió otra. Subió la fiebre. Perdió el sentido. Respiraba apenas. En un momento dejó de hacerlo. En una loma a donde no llegan las aguas cuando la llanura se inunda, Bolívar enterró a su compañera por más de siete años de angustiante presencia y espera. Comprendió en ese momento, y así lo dio a entender en sus

escritos, que la gloria y el poder no valían nada si al ser amado se lo lleva la muerte. Pepita, desde que perdió a su primera mujer dieciocho años atrás, hubiese sido el único ser que hubiese quebrantado su voto de permanecer viudo hasta el final de sus días. Por ella, a pesar de todos sus triunfos y laureles, hubiese aceptado “el ser un pacífico alcalde en San Mateo”. La muerte de Pepita entenebrece y contamina su imaginación. En medio del éxito más clamoroso, “el hombre de las dificultades”, como se autotituló, el caudillo que supo sacar fuerzas para sacar a su pueblo adelante en medio de las mayores adversidades, se torna fatalista y negativo por algunas pequeñas rajaduras del soberbio edificio político que ha creado con su cerebro y con su espada. Le molesta que los militares vean la patria como recompensa; le entristece observar cuánta reticencia hay en venezolanos y neogranadinos por perdonar a sus enemigos monárquicos, a los que tiende el puente del perdón y del olvido. Santander, según ha sido informado, desoyendo sus órdenes de perdonar a los vencidos, ha fusilado en la Plaza Mayor de Bogotá al hidalgo coronel español Barreiro y a treinta y nueve oficiales. Como si fuera una tontería su crimen, el neogranadino le escribe solicitando su perdón con argumentos de niño. “Estoy decidido —había escrito dos meses antes— a decir adiós a Venezuela y dirigirme a Chile o a Lima para morir... Por dondequiera que voy hay desunión y desorden. Pronto vendrá la muerte. ¡Qué pueblo infernal tenemos aquí!”. Ahora, decía, camino hacia Bogotá:

“Me he convencido más y más, que la libertad, ni las leyes, ni la mejor instrucción, nos pueden hacer gente decente. En nuestras venas no corre sangre, sino maldad mezclada con terror y miedo”.

XIII

Por muchos días la tristeza abatió a El Libertador por la pérdida de Pepita. Como un fantasma, arrebujado en su capa, marchaba al frente de sus hombres camino de Bogotá. Era poco lo que decía y nada lo que ordenaba en aquella larga travesía a través de llanuras inmensas que si en los meses de lluvia se inundaban hasta parecer un mar, en el verano eran un dilatado pajonal reseco. El ascenso por la cordillera no varió su pesadumbre. No miraba, veía al trasluz. Más de una vez deseó arrancarse la vida con sus propias manos, como por más de seis veces intentó hacerlo en los tantos malos momentos que hubo de padecer desde la pérdida de Puerto Cabello. A veces decía a sus íntimos que estaba cansado de todos y de todo; que tan solo deseaba, ya que había cumplido su misión, retirarse a la vida privada abandonando para siempre la política. Era un coloso carcomido por la melancolía.

—Yo lo he visto peor —comentaba Soubllette a otro general de la más alta jerarquía que no ocultaba la desazón que le producía la congoja de El Libertador—. Luego se recupera y vuelve a ser el mismo o peor. No se preocupe, mi General.

No erraba Soubllette. Tan pronto llegaron a la cima de la gran sierra y apareció abajo la verde extensión de Cundinamarca, Bolívar sacudió, aunque no de un todo, la depresión profunda que lo embargaba. Cuando tocó la llanura fría del altiplano pareció despertar de un largo y pesaroso sueño. Sonó su carcajada. Fulguraron de vida sus ojos y al grito de ¡adelante! cabalgó con bríos en dirección a Bogotá, donde pueblo y Gobierno lo recibieron entre vítores y manifestaciones de afecto.

Santander, a pesar del asesinato del coronel español Barreiro y de otros treinta y nueve oficiales, había regido con acierto a la Nueva Granada. Santander era muy joven, no alcanzaba aún los treinta años. Era de naturaleza vehemente a pesar de su apariencia de hombre flemático. Nunca perdonó a los españoles el asesinato de quinientos prohombres, tal como lo ordenó Morillo. El fusilamiento de Policarpa Salavarrieta, su bella y heroica compatriota, fue para él desgarrador. No pudo contenerse al tener el poder absoluto en sus manos de descargar su odio y su rencor, tal como lo hiciera él con los ochocientos españoles que por orden suya fueron ejecutados en las bóvedas de La Guaira. El incumplimiento de una orden tan importante como la que dictase sobre el destino de los vencidos, era una falta grave, que años atrás le hubiese costado a Santander su destitución sucedida de presidio o ejecución. Pero era mucho lo que había aprendido y cambiado en los últimos tres años sucedidos desde la muerte de Piar. Hasta entonces había sido un eterno perdedor; inseguro de su destino, acuciado por el rencor, harto de la rebeldía de los caudillos. Cuando se es joven tan solo se piensa en matar al que obstaculice los planes de gloria. Luego se descubre que se puede hacer más, pero mucho más, negociando, negando y sopesando virtudes y defectos del rebelde. Santander podía ser cruel y enemigo de los venezolanos, pero tenía la gran virtud de ser un gran administrador y fiel a su persona a pesar de la animadversión que sentía hacia sus compatriotas. ¿No era ese acaso el problema de José Antonio Páez? El llanero detestaba tanto a los neogranadinos como Santander a los venezolanos. Ambos eran dos claros exponentes del regionalismo a ultranza. Ambos también eran muy jóvenes, moldeables, por consiguiente. Al paso de los años se borrarán en cada uno esas diferencias que hoy por hoy los hacen aceite y vinagre.

Santander le tenía grandes noticias sobre la marcha de los acontecimientos. La Nueva Granada, a diferencia de Venezuela, estaba intacta.

Sus fundos agrícolas estaban en plena producción; las minas de oro y de plata hacían de la Gran Colombia una nación rica y próspera, que le permitiría avituallar su ejército con todo el material de guerra que fuese necesario para liberar a Cartagena, a Antioquia y al valle de Cúcuta de los focos monárquicos que aún quedaban. A Cartagena envió a Tomás Montilla y un batallón de irlandeses a sitiar la ciudad. José María Córdoba, a pesar de su juventud, era un guerrero formidable. Bolívar le encomendó la liberación de su región nativa. En Cúcuta, en la frontera con Venezuela, estaba Pablo Morillo. El Generalísimo español tan solo retenía en su poder los pueblos de la cordillera andina desde San Cristóbal a Caracas, además de las provincias de Coro y de Maracaibo. Morillo permanecía estacionario en la región. Su pasividad tenía una razón: en Cádiz se organizaba una expedición de veinte mil hombres, que habría de partir en cualquier momento en dirección a Venezuela. Bolívar no ocultaba a Santander y a su alta oficialidad el peligro que aquella expedición representaba para la libertad de Venezuela y de la Nueva Granada.

—Hay que verle la cara —decía aquella mañana— a otros veinte mil veteranos iguales a los que vinieron con Morillo y que, a Dios gracias, hemos reducido a la mitad.

—Otra noticia lo esperaba. Inglaterra había reconocido la Independencia de Colombia. Un cónsul residenciado en Bogotá representaba a Su Majestad británica. El diplomático fue del agrado de El Libertador. Lejos de su cautela profesional expresaba sin tapujos su simpatía por la joven nación y el genio de El Libertador. Ese día, pasadas las diez de la noche, el cónsul se presentó en el palacio de San Carlos.

—Sé muy bien —le decía al oficial de guardia— que El Libertador se recoge a sus habitaciones a las diez de la noche, pero le traigo noticias importantes y muy gratas que es indispensable comunicárselas ahora mismo. Despiértelo, por favor.

—¿Despertar yo al Libertador? —repuso con asombro el oficial—. Usted debe estar loco, señor Cónsul. Ni yo ni nadie se atrevería a hacerlo.

—Yo sí me atrevo, señor Cónsul —repuso Urdaneta apareciendo súbitamente—. Espere aquí mismo.

—Perdone, general Urdaneta —expresó el oficial temeroso—, pero El Libertador está... Y murmuró un nombre en voz baja.

—Me importa con quien esté y lo que esté haciendo. Es una razón de Estado y la más importante para que el señor Cónsul, que no es loco, exija hablar a estas horas con el Jefe de Estado. ¿No es así, señor Cónsul?

—Tal como usted lo dice, General.

A los pocos minutos regresó Urdaneta. Por su palidez y voz farfullante, se veía que acababa de pasar un mal momento.

—El Libertador lo recibirá dentro de algunos minutos.

Desde la sala contigua a la entrada principal, el británico espera la aparición de El Libertador. Ha transcurrido más de media hora y el jefe de Colombia no aparece. Su puntualidad británica y el rígido protocolo comienzan a invadirlo en terrible angustia. Un enviado del Rey de Inglaterra puede esperar quince minutos, pero no treinta, a un Jefe de Estado. Para apaciguarse recorre de un lado a otro el elegante salón. Pasan otros quince minutos y nada sucede. La chimenea de la habitación y su nerviosismo lo asfixian. Abre una ventanilla que da a la calle. Una ráfaga helada le da en la cara. Ya se dispone a cerrarla cuando el ruido de un coche llama su atención. Es un modesto carromato con un postillón. Sonríe. Sus espías le han advertido que en él llevan y traen a las mujeres de Bolívar. Recios pasos que avanzan hacia él lo sumen entre el miedo y la curiosidad. Pudiera ser Bolívar. No sería adecuado que el representante de Su Majestad Británica esté asomado por un postigo como una vieja chismosa. Ya cierra la portezuela cuando escucha entre los pasos de varón el taconeo de una hembra.

“Ya me imaginaba que algo muy grande tenía que retener a El Libertador para hacer esperar más allá de lo convencional al representante del

rey de Inglaterra”. Se abre sigiloso el portón que da a la calle. Un hombre alto vestido de paisano franquea el paso a una mujer. A pesar de la amplia capa y del tapado que la envuelve, la reconoce. Su silueta y su estatura le son inconfundibles. Son muchas las veces que la ha contemplado y deseado. Entra en el coche. Trepa el oficial disfrazado de paisano al lado del postillón. Se aleja el vehículo por las calles solitarias de Bogotá.

“¡David y Betsabé! —exclama el británico—, jamás me lo hubiera imaginado. El marido en el frente y ella recién parida calentando el lecho real”.

De un golpazo se abrió la puerta. Dos húsares de la guardia de honor se adosaban a cada hoja de la alta puerta. Acto seguido entró Urdaneta.

—Ya viene Su Excelencia, El Libertador —dijo dando pasos atrás hacia el corredor, cuadrándose militarmente.

—Buenas noches, señor Cónsul —saludó Bolívar con jovialidad, aunque el fuego de sus ojos no aseguraban nada bueno al enviado de Inglaterra.

—Siéntese por aquí y veamos qué buenas o malas nuevas lo traen a palacio a tan altas horas.

—Mejores no pueden ser, Excelencia, a la causa de la libertad. La expedición española de veinte mil hombres que se aprestaba a partir de Cádiz en auxilio de Morillo, ya no vendrá.

—¿Cómo dice, señor Cónsul? preguntó El Libertador poniéndose de pie.

—Tal como lo escucha, Su Excelencia. Esta noche he recibido un correo especial con instrucciones de informarle a Su Excelencia que los generales Riego y Quiroga, jefes de la expedición, se han insurreccionado contra Fernando VII, obligándole a aceptar la Constitución de Cádiz.

—¿Y entonces? —preguntó Bolívar jubiloso, adivinando el resto del contenido.

—Que jefes y soldados se niegan a venir a Venezuela a combatirnos,

ya que consideran legítimo el derecho de estos pueblos a ser libres y soberanos.

—¡Viva! —exclamó El Libertador, dando rienda suelta a la alegría que se le venía encima—. ¡Guardias! —exclamó estentóreo—. ¡Que venga el general Urdaneta! —ordenó a los confusos y alertados legionarios que entraron a la habitación con mirada asesina.

—Ahora sí sonó definitivamente la hora de la libertad de América. Gracias, señor Cónsul. Ya Morillo tendrá que cambiar de táctica. De nada le valdrá esperar al ejército que nunca vendrá en su ayuda. Gracias, señor Cónsul. Reciba usted el agradecimiento de Colombia y el mío. Tenía usted toda la razón del mundo no solo en despertarme, sino de sacudirme con sus propias manos de haberme tardado un minuto más.

Al despedirse y franquear el corredor, el cónsul inglés escuchó a Bolívar decirle a Urdaneta:

—Prepárese, General, a invadir a Venezuela. Muy pronto estaré en Caracas, en mi Caracas de siempre, a la que anhelo hace más de siete años de guerra y horror. Y con la más plácida y enigmática de las sonrisas se quedó en silencio mirando al fuego. Y se vio de nuevo en la vieja casona de San Jacinto. Y también en las vegas que rodean el Guaire. En ese entonces, a pesar de la orfandad, era dichoso. Y pensó en la negra Hipólita, su madre negra. Y en María Antonia, su hermana, tan testaruda como él. Permaneció fiel a la causa del Rey, aunque el más querido de sus hermanos fuese el jefe de la rebelión contra España. Y pensó en las hallaquitas de chicharrón y en las tortas bejaranas, y en el perfil de sus mantuanas y en el sofoco de cujizal de las negras bonitas. Y en El Ávila, ante cuya sombra nacieron y murieron siete generaciones de Bolívar cuando en el Valle de Santiago se dijeron las primeras palabras en español. No hay río más claro que el Anauco, ni guanábanas más dulces que las de mi tierra, ni mejor viento, ni mejor frío, ni mejores tucusitos para libar las flores.

Hasta las cuatro de la mañana, su hora habitual de despertar, El Libertador durmió el más plácido sueño que no había tenido en muchos años. Al abrir los ojos se incorporó de un salto. Rafael Urdaneta, quien le veló el sueño hasta el alba en una butaca, terminó capitulando entre largos y sonoros ronquidos. El Libertador lo miró con afecto. Era sin duda el más leal y eficaz colaborador de todos cuantos lo rodeaban, a pesar de su carácter áspero y poco dado a la alabanza y a la intriga. “Con diez hombres como Urdaneta —se dijo— no tendría nada que temer por el porvenir de Colombia”.

—General Urdaneta —le dijo en voz alta al marabino.

—¿Qué pasa, qué pasa? —respondió el otro adormilado.

—Que ha llegado el momento de liberar a Venezuela de los españoles. Vamos a ponernos a trabajar ahora mismo. Venga, mi amigo, vamos a desayunarnos. Y entre arepas humeantes sazonadas con picante bogotano comenzó a planificarse la campaña que un año más tarde debería llevarlos a Carabobo.

XIV

Luego de dos horas de intenso fuego y cargas de caballería, Simón Bolívar derrotó al ejército español en las sabanas de Carabobo, a cuarenta leguas de su amada Caracas. De los cinco mil españoles que se enfrentaron a los patriotas tan sólo quinientos salvaron la vida, retirándose en cuadro cerrado hacia la fortaleza de Puerto Cabello. A menos de seis meses de planificar la batalla, El Libertador pudo decir con satisfacción: con excepción de Puerto Cabello y Cumaná, Venezuela ha quedado liberada para siempre del yugo español. Caracas, luego de siete años de intentonas frustradas para reconquistarla, se ofrecía expedita al conquistador. Las pérdidas sufridas por los patriotas fueron de consideración. La Legión Británica fue casi diezmada por el fuego español. Negro Primero, el ladino edecán de Páez, murió a consecuencia de un balazo muy cerca del corazón. Por largo trecho, y en medio de dolorosa agonía, corrió hacia su jefe. Páez al verlo de espaldas al enemigo lo increpó duramente, tildándolo de cobarde:

—No huyo, Tío —se excusó el negro antes de desplomarse—. Vengo a decirle adiós porque estoy muerto.

Nadie había visto llorar a Páez como lo hizo sobre el cadáver de su espaldero. La ira enconada sucedió al dolor agudo. De un salto montó sobre su bestia y enarboló su lana para embestir al enemigo. Como solía sucederle en momentos de intensa emoción la epilepsia lo sacudió y lo tumbó al suelo con su caballo. Ya no estaba Pedro Camejo para auxiliarlo.

Privado de sentido en medio de un campo de batalla, aún indefinido, hubiese sido fácil presa a cualquiera de los soldados realistas que a pie y a caballo pasaban y saltaban alrededor de él. Buena parte de

los llaneros que permanecieron al lado de España lo conocían de vista. Quien capturase al catire Páez, vivo o muerto, tenía asegurada su fortuna. Un jinete mestizo con las banderolas del Rey en su lanza lo reconoció al instante. Se llamaba Agapito, había sido amigo de Páez en otros tiempos y desde los inicios de la guerra sirvió a la causa del Rey, siendo uno de los mejores lanceros de Boves. Un soldado, casi un niño, que a escasos pasos de Páez simulaba estar muerto, creyó haber llegado a su último momento cuando Agapito lo pinchó con su lanza:

—Deje de hacerse el muerto, mi amigo, y ayúdeme a salvar al general Páez.

—Como usted mande, mi jefe —respondió el otro aterido de miedo.

—Incorpórelo, entonces, ya que solo está desmayado; mientras yo agarro aquel caballo que viene sin jinete.

Entre Agapito y el soldado montaron a Páez a duras penas en el caballo sin dueño.

—Ahora encarámesele atrás y lléveselo con su gente.

Cuando Páez se recuperó de su estupor se encontró frente a El Libertador, quien lo saludó con júbilo por haberse ganado definitivamente la batalla. Allí mismo lo ascendió al rango de General en Jefe. Cuando el soldado le refirió a Páez lo que por él había hecho Agapito, no pudo menos de expresar su extrañeza.

—¿Estás seguro de que era Agapito? —preguntó al soldado—. Pero si él era uno de los más bravos defensores del Rey. Que yo recuerde, aparte unos tragos compartidos antes de la guerra, no me debía nada. En una ocasión hasta cruzamos lanzas. Nunca me imaginé que fuera yo santo de su devoción.

—A lo mejor —opinó alguien— estaba comprando su salvoconducto para la libertad. Desde un principio se vio que la batalla estaba a nuestro favor.

Días después de Carabobo una columna realista, entre la cual se encontraba Agapito, pretendía embarcarse en los navíos que acudieron en su rescate, cuando fueron rodeados por el ejército patriota. Siguiendo las instrucciones de El Libertador, quien hacía de jefe se mostró magnánimo permitiéndole a los venezolanos que servían a la causa del Rey embarcarse en los navíos españoles o incorporarse al ejército patriota. Agapito, fiel a su causa, y a pesar de sus méritos al salvarle la vida a Páez, desechó la amnistía y se embarcó con los realistas.

Poco tiempo después este soldado cayó en poder de los patriotas y fue condenado a muerte. Tan pronto lo supo Páez, según lo refiere en sus memorias, envió a mataballos a uno de sus llaneros con indulto y salvoconducto para Agapito. Habiéndolo sabido alguno de sus enemigos, asesinaron al mensajero, no pudiendo Páez salvarle la vida al tozudo llanero, ya que fue fusilado como lo dictaba la sentencia.

Entre los muertos del lado patriota estaba José Antonio Mina, el edecán de Piar, quien siempre se mantuvo fiel a su memoria. Fue él, junto con el coronel Aramendi, de los hombres de Páez, quienes quisieron cobrarle a Manuel Cedeño la traición que éste hizo con Piar. “El bravo de los bravos de Colombia”, como apodó a Cedeño El Libertador, murió heroicamente al lanzar su caballo contra un destacamento enemigo. Aunque fueron muchas las balas que lo perforaban, alguien afirmó que antes de recibirlas, ya estaba muerto por un tremendo tiro de fusil en la espalda. Bolívar sintió mucho la desaparición del valiente guariqueño, quien tan útil y leal le fue para llevar a Piar al cadalso. Pero había otra muerte que habría de provocarle el dolor más agudo: Ambrosio Plaza, jefe de la retaguardia, marido de Bernardina Ibáñez, paisano y pariente suyo, cayó bajo el fuego realista.

—¡Pobre Ambrosio! —exclamó—. ¡Pobre Bernardina! Le escribiré ahora mismo dándole cuenta de tan mala noticia.

Ninguno de los altos oficiales que lo rodeaban se permitió el menor

comentario. Tan solo Rafael Urdaneta hizo un mohín, poniendo por un momento los ojos en blanco.

—Bueno —agregó Bolívar—, así es la guerra. A veces se gana y a veces se pierde.

El camino de Carabobo hacia Caracas pasa por San Mateo. Al llegar al villorio en cuyas proximidades se encuentra el ingenio azucarero de la familia, Bolívar quiso descansar por unos días en la vieja casona, tan llena de recuerdos, antes de enfrentarse al júbilo de sus paisanos. Es más de media noche y para sorpresa de sus edecanes, no yace dormido en su hamaca, como debería estarlo desde hace más de dos horas, de acuerdo a su costumbre. Desde las gradas de la casa grande, parece ensimismado en el hermoso valle alumbrado por la luna. Está a un día de jornada de su Caracas y tiene miedo. A pesar de la perfección de sus cálculos y de las circunstancias insólitas que lo ayudaron a derrotar al enemigo, como fue la insurrección de Riego en España, lo que privó a Morillo de veinte mil veteranos, todo le parecía un sueño. Él mismo condujo al ejército que habría de enfrentarse al de Pablo Morillo acantonado en Cúcuta, a escasas millas de Venezuela. Si la extinción de la imponente expedición de Riego le insufló optimismo y energía para combatir al enemigo, en el ejército español y en Morillo, como se lo confesara después el propio Generalísimo a raíz del encuentro que tuvieron en Santa Ana de Trujillo ambos jefes, el efecto de la noticia fue catastrófico, sembrándose el desconcierto y el pánico entre sus hombres. Ya del lado del Rey nadie confiaba en la victoria. Desde el Generalísimo hasta el último corneta sabían que Bolívar indefectiblemente terminaría por aniquilarlos. Las deserciones en el campo realista se sucedían día tras día y en especial cuando se supo que serían bien recibidos en el campo contrario. En pocos meses, los españoles fueron desalojados de Cúcuta, Mérida y Trujillo, a pesar del escaso apoyo logístico que desde Bogotá brindaba Santander a los venezolanos para liberar su suelo. So pretexto

del orden, aquel jinete de escritorio, como apodaban a Santander los jefes venezolanos, ponía toda clase de trabas a las constantes solicitudes que le hacía El Libertador de más hombres, más dinero y municiones de boca. Los papeles de Santander parecían más infranqueables que las defensas del enemigo.

—¿Se da cuenta, Libertador —decía aquella noche el negro Leonardo Infante—, que yo tenía razón cuando le decía que el tal Santander no es más que un gran hipócrita que no nos puede ver a los venezolanos?

El Libertador con las manos a la espalda y flanqueado por Infante recorría el campamento patriota, a grandes pasos y sin decir una palabra. Proseguía el negro:

—Yo sabía que apenas usted se apartara de Bogotá, Santander se creería Presidente de la Nueva Granada y todo aquello de un solo país llamado la Gran Colombia no significaría nada para él.

Las palabras de Infante caían como redoblantes en el cerebro de El Libertador. Lo que decía Infante llano y sin tapujos era la más pura realidad que él se empeñaba en negar para que no decayese su entusiasmo. Santander, fiel al espíritu que encontró Bolívar cuando buscó asilo en la Nueva Granada en 1812, actuaba no como un subalterno de Bolívar a quien debía obedecer sin tardanza, sino como jefe único de un Estado soberano que en forma condescendiente ayuda a un vecino a liberarse del enemigo que antes oprimió a su pueblo. Aunque algo de esto se podía inferir en las cartas que Santander dirigía a Bolívar, mucho más se sabía por “el correo de brujas” que de Bogotá al campamento libertador transmitía lo que pensaba el vicepresidente de La Gran Colombia. Santander no estaba dispuesto a que sus compatriotas neogranadinos fuesen inmolados en la aventura de Bolívar, tal como lo quería este.

—Cualquiera diría —observaba Infante— que ellos se independizaron solos. Yo no sé lo que hubieran hecho si Su Excelencia y quienes

lo acompañamos no le metemos el pecho al asunto y nos decidimos a cruzar Los Andes. Más de mil ochocientos paisanos míos, llaneros pata en el suelo, quedaron tendidos en los páramos por liberar a un país que no era el nuestro. Santander de vaina pudo reunir doscientos reinosos...

—Está exagerando, Leonardo —cortó El Libertador, consciente y temeroso de que los venezolanos comenzaran a sentir lo mismo que los reinosos y que su proyecto de unidad se le viniera al suelo—. No se olvide que apenas pisamos Cundinamarca la gente corrió para unirse a nuestro ejército.

—¿Qué gente, Libertador? —preguntó Infante destemplado—. ¿Me va a venir con cuentos que aquellos indios mechudos que nunca fueron más de ochocientos nos sirvieron de algo? ¿Se acuerda Su Excelencia el trabajo que tuvimos todos en enseñarles a manejar los fusiles? Disparaban volteando la cabeza y cerrando los ojos. ¡No juegue, Libertador! —concluyó Infante soltando su alegre carcajada.

El Libertador, a pesar de la discreción que se había impuesto, no pudo menos que reírse de los comentarios de Infante. Desde que lo conoció en el campamento de Páez sintió viva simpatía por aquel hombre a quien Páez había conferido el rango de teniente coronel. Infante, a pesar de su buena índole y espíritu bondadoso y festivo, poseía no solo el instinto del guerrero, sino la más desbordada fiereza en el campo de batalla. Nada ni nadie era capaz de amilanarlo. Con violencia bestial cargaba sobre el enemigo destrozando sus cuadros, comunicando su ímpetu y voluntad de triunfo a los hombres bajo su mando. Terminada la batalla, por muchas y grandes que fuesen sus heridas, no se le veía decaer, expresando siempre su alegre sonrisa. A El Libertador le gustaba su compañía. Infante, a pesar de ser un espíritu ignaro era de gran inteligencia natural, tanto en los asuntos bélicos como en los mundanos.

—Los bogotanos no nos quieren a los negros —le decía en cierta ocasión—. Parece que los únicos negros que hay en la Nueva Granada es del lado del mar. Por eso yo no sé cómo va a hacer Su Excelencia para meterlos en cintura y hacer que nos respeten. ¿Por qué cree que Rondón y yo hemos tenido tantos pleitos con la gente de Bogotá?

—Ellos dicen que ustedes son muy borrachos y faltas de respeto —afirmó El Libertador.

—Lo de borrachos no se lo niego —repuso Infante—, pero lo de falta de respeto yo no sé quiénes son peores si los bogotanos o nosotros, porque al menor roce y también sin él, en lo que se les presenta la ocasión dicen por delante y por detrás que uno no es más que un negro de mierda. ¿Qué quiere Su Excelencia que haga uno, luego que le ha visto la cara cien veces a la pelona sin que se le agüe el guarapo? ¿Que nos traguemos el insulto o que les respondamos que más mierda será la cosa aquella de su madre? Eso es todo lo que ha pasado. Si a eso le añade que Santander me tiene la misma tirria que le tengo yo, no es difícil imaginarse que le tendrá a Su Excelencia la cabeza tupida de embustes.

La carencia de abastecimiento y de dinero, por negligencia o incompetencia de Santander, se hacía sentir en el campamento republicano. El Libertador había dictado severas órdenes contra el saqueo o el apropiarse de los bienes de los campesinos cercanos.

—Lo peor que puede sucedemos —había dicho a su Estado Mayor y también a los soldados— es indisponernos con los nativos de la región. Todo debe comprarse con dinero y nada debe lograrse a través de la fuerza. Si no han llegado los bastimentos ni tampoco la plata no nos quedará más camino que apretarnos el cinturón.

El propio Libertador dio muestras de su enorme capacidad de sacrificio compartiendo y a media ración, el escaso rancho que se le servía a la tropa.

Era una de esas noches frías y estrelladas de Trujillo. Una oleada de sueño señaló a El Libertador que ya estaban próximas las diez de la no-

che, su hora de meterse en cama o en chinchorro. Ya se disponía a entrar en la casa que le servía de albergue, cuando alguien dijo en tono alegre emergiendo de las sombras:

—¡Epa, Libertador!

Los centinelas presurosos se pusieron de inmediato a la defensiva.

—Mire lo que traigo aquí —agregó Leonardo Infante, dando la cara. Con dificultad arrastraba un enorme saco.

—¿Qué traes ahí, negro faramallero?

—Vea por sí mismo, Su Excelencia, y dígame luego su parecer.

Infante extrajo del saco una pierna de cerdo, una ristra de chorizos, una ristra de ajo y otra de cebolla, una docena de mazorcas de maíz, arepas de trigo y unos cuantos huevos.

—¡Infante! —exclamó El Libertador recriminatorio imaginándose el origen del succulento obsequio—. ¿Se puede saber de dónde sacó usted esto? —añadió solemne y con gravedad—. ¿A quién le ha arrebatado usted estas cosas?

—Un momentico, Libertador, que yo no he cometido pecado ni he hecho nada malo. Todas estas cosas las compré con mis reales en el pueblecito que está a media legua.

—¿Y se puede saber de dónde sacó usted dinero cuando ni yo mismo tengo un peso?

—Me los gané en el pueblo jugando dado corrido.

—¿Dado corrido? —volvió a exclamar El Libertador, quien detestaba los juegos de envite y azar.

—Sí, señor, así como lo oye, dado corrido. Y si Su Excelencia supiera con quién, se daría cuenta que todo es tan bendito como el pan de la iglesia. Se los gané al cura párroco. Mañana tengo otra partida. Así este negro que está aquí no solo velará por su vida sino que cuidará que no pase hambre.

—¿Y si mañana no tiene tanta suerte? —preguntó El Libertador con tono cómplice y con la boca hecha agua.

—Siempre la tendré Libertador con estos dados. Échelos a rodar para que vea que siempre me salen dos seis.

—¿Dados cargados? Pero, eso es un robo, Infante.

—El cura, Su Excelencia, aunque ahora dice que simpatiza con la causa republicana, es español. Como confiscar los bienes del enemigo es ley, yo lo único que estoy haciendo es aplicar la justicia.

Rió con ganas El Libertador y mordió con gusto un chorizo crudo.

—Tienes razón, Infante. Cumple con tu deber y confíscate bienes y propiedades al enemigo.

Por más de una semana, hasta que llegó el dinero y las provisiones enviadas por Santander, El Libertador sació su hambre con los dados de Leonardo Infante. Ante la evocación sonrió El Libertador cuando la luna se ocultó tras uno de los cerros de San Mateo.

La entrevista con Pablo Morillo fue decisiva para la causa de la libertad. Pablo Morillo, por más que le debiese a Fernando VII su rango y el título de Conde de La Puerta que le otorgara a raíz de la batalla que en ese sitio tuvo contra Bolívar, era un liberal, de la misma formación de Riego y Quiroga, jefes del movimiento. Los cinco años de vida y lucha en el territorio venezolano le habían dado otra dimensión de su gente. Tenían derecho y razón de ser libres. La pérdida del ejército auxiliar le hizo comprender que ya nada impediría el triunfo de Bolívar. Esa noche no solo durmieron en la misma casa sino que compartieron la misma habitación. Antes de despedirse a finales de noviembre de 1820 ambos jefes elevaron un pequeño monumento a la concordia en el pueblo de Santa Ana.

Camino de regreso dijo Morillo a su segundo, el mariscal La Torre:

—Nada, ni nadie podrá impedir que estos pueblos alcancen su libertad. Soy un convencido de eso. No puedo combatir lo que creo. A partir de este mismo instante delego en usted la jefatura del ejército español en Venezuela.

Días después, apenas llegó a Caracas, se embarcó en La Guaira para España. Era un 17 de diciembre.

La Torre, además de no darle a Morillo ni por los pies —rememoraba El Libertador—, era otro convencido de la legitimidad de nuestra causa. Como si fuera poco, estaba casado con una prima mía por más que la mitad de su familia fuera de la más rancia estirpe realista.

A nueve días de Carabobo, Bolívar entró a Caracas entre las ovaciones de la muchedumbre. Para sorpresa de todos, el hombre que por siete años había ansiado hasta la locura conquistar su ciudad nativa, comunicó a su Estado Mayor su decisión de partir a la brevedad hacia Bogotá.

—Soy Presidente de la Gran Colombia —repuso como razón a sus hombres—. Debo ir a liberar Quito y Guayaquil, son parte de nuestra gran nación. De no hacerlo, San Martín nos tomará la delantera. Ya envié a Sucre para que actuase en consecuencia. Carlos Soublette quedará como Vicepresidente.

—¿Y qué pasará con el viejo Zea? —preguntó Soublette.

—Lo mandaré como diplomático a Europa. El viejo habla francés e inglés. No me sirve para sustituirme. Es demasiado pusilánime y chambón.

Al séptimo día, luego de esperar siete años, Simón Bolívar marchó hacia Cúcuta, donde se hallaba reunido el congreso constituyente que debería dar forma definitiva al proyecto de ley que presentó a los congresantes reunidos en Angostura en 1819.

EPÍLOGO

La barrera coralina que envuelve al puerto domaba de tal manera al inquieto mar de los caribes, que bastaba un pelo, y no va cabestro, para sujetar a un barco. De ahí le vino el nombre de Puerto Cabello a la ciudad bastión. En ella sufrió su primer fracaso, su más sonada derrota. Con la ausencia de malicia de los que no han sufrido engaños, confió el mando del castillo a Vinoni, su amigo y su segundo en mando, y se marchó a la ciudad a festejar una boda. Vinoni en connivencia con el padre de Antonio Leocadio Guzmán, aquel mozo tan cordial que se fue hasta el Perú para llevarle una propuesta de Páez, liberó a los prisioneros españoles que a partes iguales compartían con las armas de la república los recintos de la fortaleza proclamándose defensores de los derechos del rey. Fue tal el impacto de aquella pérdida que a los pocos días Francisco de Miranda capituló ante las fuerzas españolas. Puerto Cabello, al parecer por segunda vez en su azarosa vida, va a ser testigo de un gran triunfo o de otro tremendo fracaso. Con José Antonio Páez al frente, se ha declarado en rebeldía contra las imposiciones de Francisco de Paula Santander, presidente encargado de la Gran Colombia. Más que insurrección o desobediencia, su país natal no quiere fusionarse con los neogranadinos para hacer una nueva y gran nación, como lo pretende él. Y menos que un imperio amasado con sangre venezolana tenga por capital a Bogotá.

El barco de guerra que lo ha traído desde Cartagena cruza el pasaje que lo conduce al puerto y a la fortaleza. Seis alcatraces persiguen implacables un barco con sardinas. Es continuo su asombro al verlos

pasar de la inmovilidad mayestática con que se mantienen en el aire, al zambullón preciso donde engullen su presa.

Tan pronto la fragata entra al puerto se iza desde el castillo la bandera tricolor. Los cañones descargan las tantas salvas de honor que le corresponden al Presidente de la República. El fortín de la montaña permanece en silencio. Tampoco hay banderas ni arcos de flores en las calles del puerto. Los soldados que acuden presurosos al llamado de la corneta no se juntan tras los cañones para expresarle su obediencia. Es clara su prestancia para el combate. Los alcatraces continúan tras las sardinas pescándolas y engulléndolas con voraz precisión. Un cañón dispara la última salva. Soldados saludantes baten al aire sus gorras y fusiles, dando vivas en su nombre. El Castillo de Puerto Cabello es al parecer el único lugar de su país natal donde se le reconoce como Presidente de la Gran Colombia. Briceño Méndez, su secretario y casado ahora con una de sus sobrinas, tomó posesión del Castillo, reconociendo su autoridad y no la de José Antonio Páez. Páez es un hombre difícil y engañoso. ¿Qué se puede pensar de alguien que a tiempo de ofrecerle la corona que él rechaza, solivianta al pueblo en su contra diciéndole que él tan solo desea coronarse y concederle títulos nobiliarios a los mantuanos caraqueños, sus seculares opresores? Es difícil concebir mayor bellaco que el hombre al que concedió Venezuela a espera de mejores posibilidades para salir de él. Páez en este momento tiene a su favor a toda la nación, pero él es como el alcastraz: cae sobre sus adversarios con precisión y cuando menos se espera. Con excepción de uno que inmóvil flota en el cielo, los otros cinco terminan su hartazgo en la barrera de coral.

José Palacios, su mayordomo, aparece de pronto. En silencio se coloca a su lado. Su amo, al verle, celebra las excelencias para el combate de esos pájaros marinos. El alcastraz clavado en el cielo inicia raudo el

descenso en busca de su presa. Repite en voz alta su similitud con el ave pescadora. Cita a Piar, a Morillo, a San Martín y a Torre Tagle. El alcatraz se estrella contra el acantilado. Eso es lo que le pasa al alcatraz al hacerse viejo, comenta el mayordomo. Es tal la confianza en su habilidad que no ve llegar la ceguera que lo llevará a la muerte. Ándate, pues, con cuidado, amo y Libertador.



COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

PREPrensa e Impresión

Fundación Imprenta de la Cultura

ISBN

978-980-7301-79-4

DEPÓSITO LEGAL

DC2021000672

CARACAS, VENEZUELA, JUNIO DE 2021

La presente edición de
EL VUELO DEL ALCATRAZ
fue impresa
en los Talleres
de la Fundación
Imprenta de la Cultura
durante el mes
de junio de 2021,
año bicentenario
de la Batalla de Carabobo
y de la Independencia
de Venezuela

La edición
consta de
10.000 ejemplares

EN CARABOBO NACIMOS “Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia”. Con estas palabras, Bolívar abre el parte de la Batalla de Carabobo y le anuncia a los países de la época que se ha consumado un hecho que replanteará para siempre lo que acertadamente él denominó “el equilibrio del universo”. Lo que acaba de nacer en esta tierra es mucho más que un nuevo Estado soberano; es una gran nación orientada por el ideal de la “mayor suma de felicidad posible”, de la “igualdad establecida y practicada” y de “moral y luces” para todas y todos; la República sin esclavizadas ni esclavizados, sin castas ni reyes. Y es también el triunfo de la unidad nacional: a Carabobo fuimos todas y todos hechos pueblo y cohesionados en una sola fuerza insurgente. Fue, en definitiva, la consumación del proyecto del Libertador, que se consolida como líder supremo y deja atrás la república mantuana para abrirle paso a la construcción de una realidad distinta. Por eso, cuando a 200 años de Carabobo celebramos a Bolívar y nos celebramos como sus hijas e hijos, estamos afirmando una venezolanidad que nos reúne en el espíritu de unidad nacional, identidad cultural y la unión de Nuestra América.



El vuelo del alcatraz En el campo de batalla, Bolívar despliega su genio y una extrema habilidad para convocar a aquellos hombres que conformarían el Alto Mando del Ejército Libertador. Sin embargo, las pugnas internas son más difíciles de ganar cuando en su entorno predominan las conjuras, la infidencia y la envidia. Ya sea entre los círculos liderados por Francisco de Paula Santander, por José Antonio Páez o por algunos representantes de la clase conservadora, los resentimientos y los intereses de poder alimentan conspiraciones y debilitan lealtades. Y en el centro de esa compleja trama está la discordia por el proyecto de la Gran Colombia. Es por boca de José Palacios, su mayordomo, que apreciaremos el alto vuelo intelectual, estratégico y militar del Libertador, desde el fusilamiento de Piar en 1817 hasta el triunfo en la Batalla de Carabobo en 1821. Palacios reafirma que este vuelo no permitió ver la roca que se estaba creando a su alrededor y que en la sutil analogía del alcatraz terminará por estrellarse contra el mar. Comienzo y fin persiste en un mismo año, la crisis de 1826, cuando las rivalidades entre Santander y Páez son insoslayables.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

